









OBRAS PREMIADAS









Obras premiadas
Decimotercer Concurso de Arte y Literatura
Bancentral 2009

Colección del Banco Central de la República Dominicana
Departamento Cultural



Colección del Banco Central de la República Dominicana
Vol. 157
Serie Obras Premiadas No.13

Concurso de Arte y Literatura Bancentral 2009

(13. : 2009 : Banco Central)

Obras premiadas decimotercer concurso de arte y literatura
Bancentral 2009 [texto]. — Santo Domingo : Banco Central de la
República Dominicana, 2010.

180p. : il., fotos (Col.) ; 23 cm. — (Colección del Banco
Central de la República Dominicana ; v. 157. Serie obras premiadas ; no. 13)

ISBN 978-9945-443-54-7

1. Certámenes literarios 2. Artes plásticas - Concurso.
I. Título. II. Serie

LC PQ7405.C65 2010
CEP/BCRD

CDD 21. ed. RD860.08

©2010

Publicaciones del Banco Central de la República Dominicana

Comité de Publicaciones:

José Alcántara Almánzar, Presidente
Carmen Beatriz Rodríguez De los Santos, Miembro
Luis Martín Gómez Perera, Miembro
Luis José Bourget, Miembro
Miguel A. Frómeta Vásquez, Miembro
Elvis Francis Soto, Secretario

Edición al cuidado de Elvis Francis Soto

Diagramación: Cuesta-Veliz Ediciones

Diseño y arte de la cubierta: Orlando Abreu / Equis, S. A.

Fotografías de las pinturas: Pedro Holguín Mota

Ilustración de la cubierta: «Masa de pan», de Mayra Altagracia Arvelo

Coordinación del concurso: Miguelina Francisco Batista

Impresión:

Subdirección de Impresos y Publicaciones

Banco Central de la República Dominicana

Ave. Dr. Pedro Henríquez Ureña calle Leopoldo Navarro

Santo Domingo de Guzmán, D. N., República Dominicana

Impreso en la República Dominicana

Printed in the Dominican Republic

Prohibida la reproducción parcial o total de esta obra,
sin la debida autorización del autor





Contenido

II Presentación

Cuento

- 17 Primer premio, Julio G. Andújar Scheker
«Herencia desconocida»
- 29 Segundo premio, Maribel Ramírez Peralta
«Arenas movedizas»
- 81 Tercer premio, Ariadna Adames Rojas
«Y quizás después vendremos»
- 87 Primera mención de honor, Sabrina Hernández Batlle
«La nube»
- 93 Segunda mención de honor, Ellen Pérez Ducy
«El amor no ve»
- 99 Tercera mención de honor, Rafael Eduardo Cintrón Díaz
«La fuente»

- 
- 
- 105 Cuarta mención de honor, Fausto Rodríguez Gómez
«La voz sin rostro»
- 111 Quinta mención de honor, Teresa Calderón Cabral
«Que no queden huellas»
- 117 Sexta mención de honor, Nércido Melanio Vargas
«Como almas en pena»

Pintura

- 125 Primer premio, Mayra Alt. Arvelo Hoepelman
«Masa de pan»
- 127 Segundo premio, Ariadna Adames Rojas
«Yolero»
- 129 Tercer premio, Geraldo A. Pimentel Ramírez
«Paja, tierra y cal»
- 131 Primera mención de honor, Ana Celina Fondeur Cernuda
«Naranjas en flor»
- 133 Segunda mención de honor, Cándida Laureano
«Fresa, mora y cramberry»
- 135 Tercera mención de honor, Mayra Alt. Arvelo Hoepelman
«Las escobas»



Dibujo

- 139 Primer premio, Geraldo A. Pimentel Ramírez
«Los trastos de la abuela»
- 141 Segundo premio, Meiby Yahaira Ng Rijo
«Las piezas de lápiz»
- 143 Tercer premio, Ariadna Adames Rojas
«Bodegón»

Fotografía

- 147 Primer premio, Sabrina Hernández Batlle
«Reggazon»
- 149 Segundo premio, Luis Francisco M. Guerrero Álvarez
«Misterio»
- 151 Tercer premio, Teresa Calderón Cabral
«Reflejo»
- 153 Primera mención de honor, Amelia Ortiz
«Sosiego»
- 155 Segunda mención de honor, Sergio Sánchez
«Inocencia»
- 157 Tercera mención de honor, Sheyla C. Hernández
Concepción
«Bella entre las bellas»
- 159 Cuarta mención de honor, Saskia Hendrickje Astwood
de Peña
«Definitivamente... no con los pies sobre la tierra»



161 Miembros del Jurado del Concurso de Arte y Literatura

165 Colección del Banco Central de la República Dominicana



Presentación*

Nada mejor que el inicio del mes de diciembre, cuando ya se anuncian los aires de la Navidad, para reunirnos a entregar los galardones del siempre esperado Concurso de Arte y Literatura del Banco Central de la República Dominicana, correspondientes al año 2009. Sean, pues, muy bienvenidos a este acto de premiación de un certamen de carácter interno que comenzó en el año 1995 y se ha mantenido a través de todos estos años, con creciente entusiasmo entre empleados y funcionarios, activos y pasivos, de la institución, que participan con sus cuentos, pinturas, dibujos y fotografías, los cuales evalúa un competente jurado para elegir a los mejores.

Hace unos días expresé en Santiago de los Caballeros, ante un auditorio compuesto por empresarios,

* Palabras pronunciadas por el licenciado Héctor Valdez Albizu, gobernador del del Banco Central de la República Dominicana, en el acto de entrega de premios del Concurso de Arte y Literatura Bancentral 2009, el martes 1 de diciembre de 2009.

personalidades y miembros distinguidos de la Asociación de Industrias de la Región Norte (AIREN), de aquella prestante y centenaria ciudad, que a pesar de los embates de la crisis económica mundial que ha puesto en jaque a las grandes naciones del mundo, la República Dominicana, que posee una economía pequeña y abierta, ha ido enfrentando esta dura prueba que nos plantean las circunstancias globales –la crisis económica más impactante desde la ocurrida en 1929–, gracias a políticas monetarias acertadas que han permitido un eficaz control de los precios, con el propósito de mantener la estabilidad macroeconómica del país y el bienestar de la población. De hecho, la economía dominicana creció en 2.1% durante los primeros nueve meses de este año, noticia que debe llenarnos de regocijo a todos.

Es gracias a este clima de confianza y de estabilidad que el Banco Central de la República Dominicana, entre otras instituciones, mantiene su firme apoyo a las manifestaciones culturales que se producen a lo interior de nuestra entidad, tales como la colección de obras bibliográficas de autores activos, el concurso de economía, las exposiciones numismáticas y filatélicas, el enriquecimiento de la pinacoteca mediante la adquisición de valiosas obras de arte, los servicios públicos que ofrecen la biblioteca y el museo, las actuaciones del Coro, los cursos,

talleres y conferencias a cargo de prestigiosas figuras del arte y la literatura; en fin, toda esa amplia gama que constituyen las actividades culturales de nuestra institución, dirigidas por el Departamento Cultural, con amplias proyecciones tanto dentro como fuera de la entidad.

Apreciados amigos: para las autoridades del Banco Central, y para quien les habla en particular, constituye un verdadero motivo de satisfacción y orgullo hacer entrega esta tarde de los premios del Concurso de Arte y Literatura Bancentral 2009, como una manera de incentivar el talento del capital humano de la institución, dándole la oportunidad de dar a conocer sus cuentos, pinturas, dibujos y fotografías, que veremos dentro de poco en la exposición de trabajos premiados. Además, todas las obras que resulten ganadoras serán reunidas en un libro, como el que pondremos a circular en esta ocasión –el cual recoge las galardonadas el año pasado–, lo cual es una forma ideal para su divulgación masiva.

Un país que no impulsa sus expresiones culturales es un país que vive en las sombras. Un país que no reconoce a sus artistas, retribuyéndoles por sus inestimables aportes, es un país ingrato. Por el contrario, un país –o una institución, en este caso– que alienta la creación artística, está dando los pasos concretos para depurar el espíritu de la gente, para ponerla en contacto con esa parte intangible pero

Palabras del Lic. Héctor Valdez Albizu

indispensable que engrandece a los pueblos y ayuda a las personas a ser mejores, afinando su sensibilidad y su alma.

Para terminar, vayan mis felicitaciones anticipadas a todos los que han resultado ganadores en esta oportunidad, exhortando a los demás, como hago siempre, a que continúen participando en años verdaderos.

Gracias al Departamento Cultural por la organización del certamen, y a todos los que han intervenido en la celebración de esta actividad.

Gracias especiales a los señores miembros del jurado, integrado por la crítica de arte doña Marianne de Tolentino, la escritora Ángela Hernández, los pintores Alberto Bass y Vladimir Velázquez, y los funcionarios Henry Almonte Diloné y José Alcántara Almánzar, por su valiosa labor como jueces.

Y muchas gracias a todos ustedes por haber asistido.

Muy buenas noches.



Cuento





Primer premio



Herencia desconocida

Julio G. Andújar Scheker

*De que somos tiempo y en él existimos como el
humo en el aire, como el mismo aire pasajero.*

ROBERTO FERNÁNDEZ RETAMAR

Bajo la sombra de los centenarios guayacanes fue la primera vez que escuché la historia. Félix Sepúlveda la refería con esa trinidad imposible que es el sabor místico, mágico y religioso que los campesinos imprimen a sus cuentos. El agua corría distraída por la regala acompañada de los silbidos ordenados de un coro de grillos. Eran las once de la

noche y para un niño de nueve años ya era demasiado. Sucio y somnoliento, pero colmado de felicidad, yo asimilaba cada palabra, cada gesto, pretendiendo ignorar la brisa de Las Dunas que se colaba por los resquicios de mi camisilla blanca y mis pantaloncitos cortos de rayas.

Mis manos jugueteaban con aquellas inolvidables botas de goma roja que mi madre regateara en la bodega situada frente a la fonda de Juan Melo por donde, sin llamar la atención, pasa la carretera. Dentro de las botas, mis pies iban y venían del agua agradecidos de que aún a esas horas de la noche un infante como yo podía tener contacto con el piso acuoso de aquel canalillo y escuchar historias antiguas de voces autorizadas sin experimentar la necesidad de una, que a mayor modulación se elevara sobre sus espaldas ordenándole cumplir la rutina del cepillado que antecede la trágica hora de irse a la cama. Era feliz entonces. Lo era y lo sería en todos y cada uno de mis veranos en el campo, periodos de libertad, sagrados tesoros que disfrutaría hasta que los ardores de la pubertad me aprisionaran en la ciudad.

No era el único con los oídos puestos en las historias que contaba el vale Félix. Entre los adultos estaban «el Sepúlveda menor», Eteban, como decían los sureños, y aquel campesino venido de las costas de Ocoa con la misión expresa de cuidar el pequeño conuco familiar, el recóndito Saturnino. Del

combo de niños resistían los embates del sueño ras-cándose sus cabezas al unísono, los hermanos Francis y Cesarito. Ni uno ni otro se limaba la testa por lo impresionante de la historia. Lo cierto era que aunque las fábulas del campesino hablador les entretenían, los hermanos se daban uñas por tener las mulleras atiborradas de piojos.

Entre una y otra historia se escuchaban los pasos indiscretos de Juancito el Loco, quién con actitud merodeadora deambulaba por la zona. Juancito, por supuesto, no tenía interés en lo contado por vale Félix. Con eso no se iba al colmado. Obtener de la caridad de los participantes en la tertulia una moneda, era su objetivo. Hablador a la usanza vargallosiana, esa noche vale Félix rompió el silencio –ironías de la vida– con la historia del dramático final de Geño el orate, procreador de Juancito el Loco. Geño perdió la vida durante su acostumbrado paseo matinal cuando desde una de las palmas más altas de Villa Sombrero, se desprendió un coco proyectil que le hizo perder por segunda vez la cabeza.

Acabada la historia de Geño el orate, desfilaron por la noche narraciones de toda índole: muertos que aparecían con vida; animales que se convertían en Dioses adorados por una comunidad enajenada; cielos que escupían torrentes de agua y vientos incómodos que derribaban casuchas de cana y paredes de cal en lo que francamente y para

mis limitados conocimientos, parecía un huracán. Aparecían también una serie de deidades africanas con nombres exóticos como Shangó, Exú, Ogún y Anaísa, protagonizando ritos extraños con un lenguaje propio salpicado de calificativos o simples palabras como «baquiné», «candombé», «balsié» ó «negro montado».

Fue entonces la primera vez que escuché hablar del Bacá, ese ser que requiere de nosotros los humanos sacrificios innumerables que solo podemos evitar con una muerte sabor a limón. Vale Félix lo ponía en estos términos ante la mirada asombrada de su compadre Saturnino:

...Y recuelde Vale, uté coge tre limone agrio, agrio, agrio y eprime ca uno en un cayao y dipué que la piedra tenga sabol a limón, epere que recién sean la doce y cuando el Bacá venga de frente y solo e' frente, tírole una primero, la otra dipué y la otra dipué... y recuelde que solo si le da tre veces, solo si le da tre veces Pai, lo mata, sino, lito.

Esta última palabra vale Félix la acompañaba de un gesto muecoso a la vez que posaba su dedo índice a manera de guillotina por el cuello en señal de muerte.

Aunque escuché con atención las historias de vale Félix, al llegar a la adultez solo retuve detalles de

aquella que hablaba del jinete misterioso, aquel montador extraño que según los campesinos bajaba a todo galope en un trotar violento desde la cumbre del Cucurucho de Peravia para atravesar raudo todo Sombrero. Hacía casi un siglo que el jinete cabalgaba por allí. Era parte de la mitología campesina. Me atraían del jinete apocalíptico las cualidades que le endilgaban los moradores del lugar. Que si era patriota decían, que si militar de carrera, que si guardia serio, valiente y come-candela, que si rústico y duro como estas tierras, que si inteligente y despierto como se requiere de un líder. Para resaltar estas últimas cualidades, los lugareños habían puesto a rodar una anécdota que traduciendo lo contado por vale Félix diría más o menos así:

Recibió en el acampado el Coronel a un grupo de soldados que había prendido a un hombre acusado de robarse una puerca. En tierras de miseria extrema tal hurto representaba un delito mayor, por lo que el Coronel prestó a aquella denuncia particular atención. A falta de pruebas, se requería de una confesión que el acusado se negaba a dar. El Coronel, dirigiéndose a sus subalternos y al rastro de pueblo que le seguía, dijo con voz dura:

—¡No voy a tolerar más que se siga molestando a los hombres de trabajo por pendejadas!

Julio G. Andújar Scheker

Y virándose hacia el acusado a la vez que clavaba en él sus grandes ojos negros, le dijo en tono casi paternal:

—Amigo mío, me apena que usted esté aquí por una puerca que a lo mejor estaba muy flaca.

—Si mi Comandante, flaquésema etaba. Mire que ata cayéndose taba, —dijo humildemente el campesino.

Confesado el crimen, se hizo justicia.

Las historias de este soldado enigmático me atraían. Siguiéndolas, aprendí mucho de la milicia y del carácter de los sureños de uniforme del siglo XIX. Aunque en principio me desconcertaba esa jergonza militar, con el tiempo fui capaz de distinguir los rangos militares y de darle una connotación apropiada a nombres como Cachimán, Santomé, El Número y la Restauración. La noche aquella, con el cielo preñado de estrellas y con las temperaturas típicas de aquellas agrestes tierras, comencé a dar forma en mi cabeza a una vida de excepción utilizando como materia prima lo contado por vale Félix. He aquí el resultado.

Vino a nacer el misterioso personaje en la provincia Peravia en el año de la invasión haitiana. Su niñez transcurrió en territorio

ocupado, hecho que indudablemente marcó al joven campesino e influyó en su decisión de alistarse en la milicia a temprana edad. Vivió sus primeras experiencias en el campo de batalla en Azua y en San Juan de la Maguana. Formó parte a los 24 años del Consejo de Guerra que juzgó en Las Matas de Farfán a don Pedro Florentino, quien al decir de los dominicanos era tan nefasto como el huno aquel que «donde pisaba su caballo no volvía crecer la hierba». No había dictado sentencia el Consejo de Guerra y ya el jinete misterioso era alférez en el batallón de Baní. Peleó en 1855, junto al general José María Cabral, en la Batalla de Santomé. Para entonces se había convertido en una cara conocida en los campos de guerra, especialmente, en las confrontaciones contra el ejército haitiano.

Un hecho importante en la vida del jinete misterioso obliga a interrumpir la historia de su ascendente carrera militar. Mi primo Manolo, investigador de fuste y proveedor inconsciente de los datos de esta historia, me hizo llegar una copia polvorienta de un «Acto de Venta de Terreno», oficiado en Baní en 1859. Según los pormenores de este documento, el recién nombrado capitán del Ejército

Julio G. Andújar Scheker

adquirió por la módica suma de treinta y tres pesos fuertes los terrenos bajo los gigantescos guayacanes donde por primera vez oí su historia. Más que el centro de un poblado organizado, estos terrenos eran hatos ganaderos que habían pertenecido a un solo núcleo familiar. El prestigio del militar patriota atrajo a estas tierras a grupos de campesinos que formarían una comunidad a la sombra de los centenarios árboles. He aquí el vínculo entre el jinete misterioso y la fundación de Villa Sombrero, liga que explica sus violentas cabalgatas desde lo alto del Cucurucho hasta las costas sureñas. Estas tierras son suyas. Les pertenecen.

Terminada esta disquisición, vuelvo a la historia militar de nuestro personaje:

...Siete años después fue capitán del Ejército. Su agitada vida militar no le permitió nunca estar presente en los cinco momentos en que su mujer arrojaba al mundo a uno de sus procreados. Cuando Buenaventura Báez llegó al poder para manejar el recién nacido Estado Dominicano por un periodo de seis años, él ya era coronel. Con casi medio siglo a sus espaldas, fue nombrado jefe absoluto de la Comandancia de la plaza de Baní. Ocupaba ese puesto cuando Báez, con la poca fe que tenía en el pueblo que gobernaba, inició

negociaciones para arrendar parte de la isla, específicamente la península de Samaná y sus zonas aledañas, al naciente imperio estadounidense.

Como militar de carrera que era el coronel, cumplió la orden de escoltar de Baní a Azua a una misión encabezada por un tal Mr. Siegel, encargado de negociar a favor de los norteamericanos la cuestión de los terrenos. Con mucho tacto, pero sintiendo un amargo sabor a traición en el estómago, el coronel le manifestó al negociador yanqui su deseo de retirarse de la milicia y dedicarse a atender su propia finca amparada por aquellas sombras interminables que otorgaban una sensación de agradable frescura a la inhóspita zona sureña. Tendría que esperar, sin embargo, varios años y algunos sinsabores antes de ver cumplidos sus deseos.

Promovido a general, se marchó a sus propiedades donde se transformó en el líder cuya voz patriarcal se escuchaba por sobre los árboles perentorios con su agudo tono militar ordenando jornadas de desarrollo de la comunidad como la limpieza y el mantenimiento de la laguna, centro vital de la aldea, y la defensa de la flora ante la inefable explotación maderera de industriosos traficantes.

Julio G. Andújar Scheker

Y así sigue la historia que nació aquel día. Aún hoy recuerdo a vale Félix gesticulando emocionado e imitando las largas cabalgatas del misterioso jinete. Viene a la memoria aquella anécdota que narra el aldeano haciéndose escuchar por encima del rumor de las aguas y de los variados sonidos de la noche:

De haitiano solo tenía el apellido. Lili era tan dominicano como tú y como yo, pero era duro. No tenía jodio de veldá. Gobelno e te paí con mano dura. ¡Cará, ese era un hombre fuerte! Ni a ese el general se le dobló ni e te chin. No le cogió mieo nunca. Lo juro yo porque un amigo e mi taita taba ahí. Cuando aquel critiano tuvo al General al frente le dijo:

—Quiero que uté se encalque de la Gobel-nación de Baní. El Sul necesita gente seria y que le duela su paí como a uté, General.

—Con repeto, Comandante. Mi debere con la Patria tan cumplió; me retiro a la tierra que Dio me dio opoltunidadá de tené y me vúa a viví con to aquello que e te cuelpo no puo vé nacé pol selvile a la Patria.

Lili se quedó impresionao y como to lo ditadore hubien hecho, lo dejó tranquilito. Si Pai, eso fue así polqué lo fuerte le tiene mieo a lo guapo o mejol dicho, repeto.

Así lo narró vale Félix con su humor campechano y con la sencillez que caracteriza a la gente de su región. Así lo escuché entonces y traté de plasmarlo en el papel sin mayores pretensiones que los sueños de un niño que no se daba cuenta porque lo arrebatava la historia del jinete misterioso. Ignoraba entonces que la sangre pesa a pesar del tiempo y que por su cuerpo diminuto corría sin frenos la de la sexta generación de una familia que tiene como figura mística al legendario jinete, el general Faustino Ortiz.



Julio G. Andújar Scheker

Nació en Santo Domingo en septiembre de 1966. Licenciado en Administración de Empresas de la Universidad Nacional Pedro Henríquez Ureña (UNPHU) en 1990. Es economista egresado de la Universidad de Puerto Rico, donde recibió en 1994 el título de maestro en artes en Economía. En 1999 obtuvo un doctorado en Economía en la Universidad Internacional de la Florida (FIU) en la ciudad de Miami.

Es profesor e investigador del Instituto Tecnológico de Santo Domingo (INTEC), institución en la cual fungió como director de la carrera de Economía hasta principios del 2006. Como investigador, ha realizado importantes contribuciones a la literatura económica dominicana, particularmente en el área de la economía política de las reformas y del crecimiento económico. Tiene trabajos realizados en el campo de la modelización económica y las finanzas públicas.

Segundo premio



Arenas movedizas

Maribel Ramírez Peralta

Esta historia la dedico con todo mi corazón a todas aquellas personas que están enfermas y tienen sus ojos mojados. A todos los niños que se encuentran padeciendo cualquier enfermedad en etapa inicial o terminal, muy especialmente, a los que tienen algún familiar, amigo, o conocido diagnosticado con cáncer.

MARA

Temprano suena el teléfono, son las 7:00 de la mañana del sábado, me informan que el tío de mi esposo Pepe ha muerto. Realmente nunca lo conocí, pero le paso el teléfono a Pepe y me quedo

pensativa y muy atenta a la conversación. Escucho que van a realizar el velorio en Tamayo (Barahona); rápidamente salgo del letargo y empiezo a empacar para acompañar a Pepe a darle el último adiós a su tío. Mis niños me van haciendo preguntas todo el camino, no sé realmente qué decirles, solo atino a explicarles que vamos a visitar a la abuelita Mai al campo.

Pepe no es de mucho hablar, tiene un temperamento tranquilo, frío y poco expresivo, es difícil saber cuándo está triste o enojado. Manejando todo el camino, pensativo, callado, yo, observando de manera discreta sus ojos. Pienso de qué habrá muerto, me pregunto por qué nunca me preocupé en conocerlo, a lo mejor por lo lejos que vivía. El camino desde la capital hacia Tamayo es muy largo y mis ansias por llegar me van impacientando, pero al fin llegamos. Es un pueblito muy pobre y las personas son muy serviciales y amistosas, veo mucha gente reunida en una casita, supongo que ahí precisamente deben estar velando al difunto. Caminamos hacia allá y damos las condolencias a la familia. No soy muy dada a dar pésame, considero que la pérdida de un familiar querido no tiene ningún consuelo. Veo que se acercan dos niños, uno más o menos de 15 años y el otro de 12. Me quedo observando los ojitos tristes de estos dos pequeños y observo que abrazan a Pepe y rompen en llanto. Nunca antes

había visto unos ojos tan hermosos y una mirada tan profunda como la de esos niños. Me sorprendió ver que me abrazaron a mí también, como si me conocieran anteriormente, fue como un abrazo interminable, no sé por qué sentí como si yo también los conociera antes a ambos. El mayor (Andy) se retiró hacia el otro extremo de la pequeña casa y el menor, quien tiene por nombre Alex, se quedó junto a mí.

—¿Querías mucho a tu tío verdad?

—No es mi tío, es mi padre.

En ese momento no sé qué sentí, me dio frío, calor, se me revolteó el estómago. Me miró nuevamente con sus ojitos tan hermosos y me dijo:

—Estaba tomando en el río y al parecer se cayó y se dio con una piedra en la cabeza. Murió ahogado.

Las palabras se me cortan, me pongo muy nerviosa, al escuchar a Alex decirme esas palabras. Por unos instantes, me detuve a pensar: el señor que estaban velando era el padre de esos dos niños, los cuales habían quedado huérfanos. ¡Qué dolor tan grande sentí! Por un momento me puse en el lugar de los niños y me dije: si a mis chiquitos les pasa algo parecido, ¿qué sucedería? ¿Qué sería de nosotros? y ¿qué sería de ellos sin su padre?

Suenan unos gritos y veo que una señora blanca, muy fina y bella cae al suelo como desmayada. Alex me suelta y va corriendo a ayudar a la señora. Yo me acerco y le pregunto:

—¿Quién es?

—¡Corre, busca un vehículo, ella es mi madre! Vamos a llevarla al hospital, no quisiera que se me muera también.

Salí rápidamente a buscar el vehículo y cuando llegué, ya se la habían llevado. Le pregunté a Pepe dónde queda el hospital y me llevó hacia donde ellos estaban. La señora es la madre de Alex y le llaman Lila, me susurró Pepe.

Noto que Alex está impaciente, desesperado, turbado y sin consuelo ninguno. Su padre muerto, su madre sin deseos de vivir y los dos hermanitos suplicando en la camilla del hospital:

—Mami por favor no te dejes vencer, no nos dejes solos tu también, abre los ojos por favor, no nos abandones, no hagas que nos sigamos sintiendo solos.

Lila no reacciona, la enfermera le puso adrenalina pero no vuelve en sí. Alex me abraza y no me suelta, me mira como asombrado y me pregunta:

—¿Cómo te llamas?

—Me llaman Mara,

—Mara, me siento mal, quisiera que mami se pare ahora de esa camilla y que papi no esté allí en aquel ataúd. Dile que se levante, me lo pidió gritándome. Lo miré como pasmada y sin pensarlo, me paré frente a la camilla, me acerqué lo más que pude hasta sus oídos y le dije:

—Lila, por favor, necesito que te pares ahora de ahí, que saques fuerzas para que consueles a tus hijos, los cuales están desesperados, sólo le quedas tú, no le vayas a fallar en este momento, no a esta hora ni en este lugar. ¡Te comprendo! Sé que te sientes muy triste, pero debes pensar que Dios te regaló dos bendiciones por las cuales debes vivir y luchar. Vamos Lila por favor, sé que puedes escucharme, no lo hagas más difícil, Alex está llorando por ti.

Di la espalda a la camilla donde estaba Lila y fui a consolar a Alex y a su hermano mayor. Me sentí como la madre de estos dos niños por un instante, los vi como si fueran mis propios hijos. Sólo imaginaba el dolor por el cual estaban atravesando.

Pasó un largo rato, como 15 minutos y por fin Lila abrió los ojos.

—¿Tú quién eres?

—Hola Lila, soy Mara, la esposa de Pepe.

—Lila, ella es mi esposa.

—¡Qué dolor de cabeza! Quiero llorar y no puedo.

—Es que te pusieron una adrenalina y un sedante, te han sedado para que te sientas más tranquila.

—Alex ayúdame a pararme.

—¡No mami, por favor! Quédate sentada un rato, te puedes marear si te paras.

—Mami no me asustes así. ¡Abrazame fuerte!

Noté cómo las lágrimas inundaban sus ojos y cómo se confundían en un abrazo los tres, dándose fuerzas, las cuales ninguno parecía tener.

Levantamos con mucho cuidado a Lila y nos fuimos nuevamente hacia el velorio.

Habían muchas personas, unas lloraban, otras hablaban; en fin, lo normal de estas cosas.

Todo transcurrió, como pasan las horas, la vida y hasta el mismo tiempo, no sé cuanto pasó sin yo saber nada de Alex, solo sé que vive en Santiago con su hermano y su mami Lila.

Nunca se me borraron de la mente aquellos ojitos tan tiernos y tan inocentes. Todos los días de mi vida pensaba en ellos y en la distancia que nos separaba. Ellos en Santiago y yo en la provincia Santo Domingo Este. Siempre le preguntaba a Pepe por ellos, un día hasta lo convencí para que me llevara a visitarlos a Santiago. Creo que fue uno de los días más felices de mi vida, ¡Pude verlos nuevamente!

En su pequeña y humilde casa, en un segundo nivel, se respira tanta paz y tanta tranquilidad, Lila tan cariñosa y atenta, para ella esos dos hijos son como su corazón dividido en dos partes. Sé que las madres son muy cariñosas y buenas, pero jamás había visto alguien como Lila. Trabajaba incansablemente para sostener a esos dos niños, a tal extremo, que no tenía vida para ella. Sus ojos medio húmedos y su voz entrecortada, como el que se sonríe

queriendo llorar. Me hablaba y me contaba lo difícil que había sido para ella, ¡Qué fuerte ha sido para sus hijos! Trato de cambiarle el tema, pues me parte el corazón verla así, y le digo:

—Me encanta Santiago, es una de mis provincias favoritas, algún día me gustaría mudarme aquí. ¡Qué ciudad tan linda, tan limpia y cuanta gente amable! Sonríe y me dice:

—Alex tiene una noviecita. Alex me mira y se ríe, yo me sonrío también de felicidad y pienso que dentro de tantas cosas negativas, al fin algo le alegra la vida a Alex.

Cinco de la tarde, es hora de irnos y Alex no quiere que nos vayamos, pero el camino es largo y no queremos que nos coja la noche. Le dejamos algo de dinero a Lila y unos cariñitos que le trajimos de la capital. Realmente yo tampoco deseo irme, me gustaría poder llevarme a Alex a mi casa y que viva para siempre junto a nosotros, pero sé que es imposible, pues Lila se moriría de tristeza. De ninguna manera lo permitiría. Ni pensarlo.

Bajo el cristal del vehículo y me despido con las manos, le dejé mi número telefónico a Lila, para que me llame cuando quiera. También me quedé con el número de ellos el cual no tenía.

En dos horas, llegamos sanos y salvos a nuestro hogar.

Suena el teléfono:

—Mara, soy yo, Lila. Es para saber si llegaron bien.

—Gracias Lila, llegamos bien.

—Pues te cuidas, luego te llamo.

Pepe escucha la conversación y me dice que su mamá le contó que Lila tiene un hermano llamado Sánchez que vive en Los Trinitarios, es decir cerca de mi sector. ¡Qué alegría, me gustaría conocer a Sánchez!

—¿Cuándo me puedes llevar a visitarlo?

—El próximo fin de semana.

Esperé ansiosa el fin de semana, hasta que por fin llegó y fuimos a visitar a Sánchez.

Llegamos y nos recibió una señora gorda muy simpática, imaginé que era la esposa de Sánchez, luego salió a nuestro encuentro Sánchez, un señor alto, blanco, fino, como de unos 50 años.

—Soy el tío de Alex y soy también el hermano de Lila.

Qué gusto me dio conocerlos. Son personas muy creyentes en Dios, qué Hermosa familia.

Compartimos un largo rato. La esposa de Sánchez nos preparó un café y nos obsequió unas galletas, más tarde nos fuimos y nos quedamos pensando en lo atento que fueron con nosotros.

Mi vida seguía normal, junto a mi esposo y mis hijos, la de Alex también en su natal Santiago.

Un viernes en la noche me estoy secando el pelo, suena el teléfono, es Lila, me dice que está aquí en la capital con Alex.

—¡Qué Buena noticia! ¿Dónde están?

—Estamos donde mi hermano Sánchez.

—Mara, traje a Alex para chequearlo, está caminando un poco cojo de la pierna izquierda.

—¿Y por qué está caminando así? ¿Se dio algún golpe?

—No, solo le veo una pequeña bolita. El me dice que le duele.

—¿Dónde lo vas a llevar?

—A un ortopeda.

—¿Vas a ir mañana?

—No, lo voy a dejar para el lunes temprano.

Al otro día (sábado) me levanté temprano en la mañana, hice mis quehaceres y en la tarde fuimos a ver a Alex. Se veía más feliz que nunca, cargó a los niños, me cantó una canción que se aprendió y me hizo prometerle que cuando ya estuviera caminando normal, lo llevaría a la playa. Era su gran sueño, nunca había visitado una. Me hacía preguntas de cómo eran las playas, de si eran realmente bellas como se ven en las fotos.

—Las playas son preciosas y la brisa te despeina el pelo, el sol te calienta la piel y el agua te refresca, es hermoso estar en la playa, uno se siente como libre, despejado, en paz, tranquilo. Pero no te preocupes, que será lo primero que haremos cuando camines bien.

—¡Me muero porque llegue ese día! —me dijo.

Respiramos profundo, mientras comíamos maní, siempre le llevaba maníes y chocolates a Alex, a él le encantaban, sobre todo el maní. El, en cambio, me guardó unas guayabas maduras las cuales había recogido de la mata de su tío Sánchez. No sé cómo supo que me gustaban las guayabas, pero me agradó tanto ese detalle.

Le pregunté si deseaba ir con nosotros a conocer nuestra casa, Lila me explicó que luego la conocerían porque estaban muy cansados, que cuando regresaran el lunes del médico que pasáramos a buscarlos.

El lunes en la tarde, como a las 6:30 p.m., decido llamar a Lila para recordarle, que la pasaría a recoger para que conociera mi casa. Me sorprendió el tono de voz con el cual contesta Lila, se escuchaba triste, un poco apagada.

—Lila, ¿qué te pasa? ¿Estás enojada?

—No Mara, lo que sucede es que no me gustó lo que me explicó el médico.

—¿Qué fue lo que te dijo el doctor?

—Que Alex está muy malito de la pierna, pero los resultados salen el miércoles en la tarde.

—Pero, más o menos, ¿qué te dijo? Espera, voy para allá para que hablemos personalmente.

—Mara, no vamos a poder ir para tu casa hoy.

—Está bien Lila, de todas formas iré a verte para que me expliques con más detalles.

Fui a la casa de Sánchez a conversar con Lila.

—Dime Lila, ¿qué es lo que ocurre?

—Mira Mara, estoy mal, y muy preocupada, el doctor me dio muy malas noticias, me dijo que según los rayos X que le practicaron a Alex, posiblemente el diagnóstico sea cáncer.

—No puede ser Lila, quizás hubo un error, tal vez se equivocaron. ¿Por qué no le hacemos la placa nuevamente?

—No creo que sea un error...

—¿Desde cuándo le salió esa bolita en la rodilla?

—Hace mucho, pero cada vez se le ponía más grande, pensábamos que era una verruga, el dolor lo despertaba de noche, Alex empezó un día a caminar cojo y ahí fue cuando decidí traerlo al médico. Los otros análisis salen el miércoles, es decir lo que lo confirman. También le encontraron las plaquetas muy bajas.

—¡Dios mío Lila! ¿En tu familia existe alguien que haya padecido de cáncer? Se queda pensando por un momento y me responde:

—Mi mamá murió de esa enfermedad. Me quedé pensativa, como suspendida en mis propios pensamientos.

—¿Deseas un café?

—No, gracias Lila, ya casi me voy, mis niños se están desesperando, además tengo que arreglar unas cuantas cosas en la casa, mañana estaré todo el día fuera, me toca clases en la universidad.

Me paro del asiento, me despido de Lila, de Alex y de Sánchez que estaba en la cocina reparando una silla.

Al otro día en la universidad, no podía estar tranquila, no podía concentrarme, solo pensaba en la salud de Alex.

El miércoles en la tarde, fuimos Pepe y yo a verlo y a saber sobre los resultados. Lila nos recibe muy triste y nos informa que el jueves van a tener que ingresar a Alex en el Oncológico, fue diagnosticado con cáncer, osteosarcoma maligno en la rodilla izquierda.

—El osteosarcama, explicó el doctor, es un tipo de cáncer en los huesos, comienza en un hueso de la pierna (ya sea el fémur o en la tibia), en el área de la rodilla, como es el caso de Alex, o en el hueso de la parte superior del brazo, el húmero cerca del hombro. Puede expandirse a otras partes del cuerpo; con mayor frecuencia a los pulmones o a otros huesos. Comienza con mayor frecuencia entre los 10 y los 20 años de edad y no se conoce la causa del mismo.

¡Dios mío, no lo podía creer! Mi niño tan lleno de vida, ¿por qué a él?

Me quedo inmóvil observando a Lila, pude ver en sus ojos la impotencia de una madre desesperada. No niego que en ese momento sentí rabia, me sentía indignada con la vida, porque ya era demasiado sufrimiento para ese niño. No dejaba de preguntarme a mí misma ¿por qué a él?

Al otro día fuimos a buscarlos para llevarlos al Oncológico. Alex sabía lo que le pasaba, nunca le ocultaron nada, los médicos hablaron con él desde el primer momento y le explicaron todo sobre esta enfermedad. Nunca dio señales de tristeza, más bien un poco atormentado porque ya le empezaba a doler mucho la rodilla.

Cuando llegamos le hicieron muchos análisis, entre ellos RNM y TAC, biopsia y escanografía TAC, lo inscribieron a un programa de ayuda psicológica para niños enfermos de leucemia y de cáncer, con el objetivo de levantarle la autoestima y de explicarle que se le iba a caer el pelo totalmente. También que sería sometido a un tratamiento llamado quimioterapia, el cual consiste en aplicar medicamentos que matan el tumor principal, para evitar cualquier célula tumoral que se haya dirigido a otras partes del cuerpo, es decir, mata el tumor o lo hace más pequeño.

En ese programa le regalaron una gorra de su equipo favorito (las Águilas Cibaeñas), y al otro día (viernes), empezaron a pasarle la primera quimioterapia en suero.

Mientras le pasaban la quimio, me quedaba observando su lindo y abundante pelo negro, sus cejas, sus pestañas. Lila estaba como sembrada al lado de su cama, casi no quería comer y Alex no quería verla así.

—Yo no quiero verte tan triste al lado de mi cama, estás llorando y todavía no me he muerto.

—Perdóname Alex, pero es imposible para mí dejar de sufrir lo que tienes. Eres mi hijo y estás muy enfermo.

—Mami, perdona pero yo me siento bien aún.

Duró tres días interno y luego lo despacharon a casa. Era la primera de doce quimioterapias que le tocaban por mes.

—¿Cómo te sientes Alex?

—Me siento mal con muchas náuseas.

—Acuéstate tranquilo.

—Por favor no me muevas la cama, la rodilla me duele mucho.

—¿Te medicaron calmantes?

—Sí, pero el dolor no se me quita.

—Trata de no pensar en el dolor, piensa que vas a dormir profundamente, tranquilo, en paz, con Dios. Con Dios, Mara —susurró Alex—, con Dios, Alex —respondí.

Pude ver que se quedó profundamente dormido. Salimos de la habitación.

—Mara, ¿qué hago? No tengo fuerzas para seguir viendo a mi hijo que cada día se muere en una cama, sé que el cáncer no tiene cura.

—Lila no puedes ponerte así y menos permitir que Alex te vea angustiada, si él se está derrumbando, tú también ¿y entonces? ¿Dónde va a estar su

bastón? Se supone que en estos momentos debes ser tú su apoyo, su muralla, con tu fe más elevada que nunca.

—Lila, sécate esas lágrimas y entra nuevamente a la habitación.

—Mara no puedo, me estoy muriendo yo también, cuánto desearía ser yo la que tenga esa enfermedad y no mi hijo. Por qué Dios, si me lo regaló cuando no se tenía ninguna posibilidad de que naciera, ahora me lo quiere quitar de mis manos, siento que lo pierdo cada día que pasa.

—Creo que estás siendo muy injusta con Dios, y presiento que tu fe está ahora mismo como están tus lágrimas, con las gotas apuntando para el suelo. Lila, nuestros hijos son un préstamo que Dios nos hace para hacernos felices, vienen a través de nosotros, pero no nos pertenecen, si te fijas, luego que nos pasamos la vida entera criando y educando, de repente nos dicen un día que se van de nuestro lado a formar su familia, su hogar. ¿Qué te parece? Lo mismo que hiciste tú, lo mismo que hice yo, lo mismo que hacemos todos. Como padres debemos darle lo mejor de nosotros mismos, todo nuestro amor, todo nuestro cariño y comprensión a sabiendas de que se pueden ir de nuestro lado de dos formas: Con Dios, o con su nueva familia, y debemos estar preparados para cuando una de las dos formas nos toque la puerta. Pienso que Dios fue y sigue siendo

muy generoso contigo, te le dio la vida y la salud a tu hijo al nacer y te ha permitido estar a su lado todos estos largos años. Desde que Alex era un bebé lo estás disfrutando, su primera sonrisa, su primer paso, su primera palabra.

—Lo dices porque tú no estás en mi posición, no sabes lo que significa tener a tu hijo de tus entrañas, muriéndose en una cama... ¡Perdóname Mara! Es que no estoy preparada para ver a mi hijo morir.

—Lila, los padres nunca estamos preparados para ese momento, pero recuerda que la muerte es lo único seguro que todos los seres humanos tenemos. Con esto no quiero decepcionarte, pero debes ser fuerte para que le transmitas esa fortaleza, imagínate él adolorido y tú llorando el día entero al lado de su cama. ¡Pobrecito! ¿Cómo crees que se puede sentir? Yo veo que el que te da ánimos a ti es él, cuando debería ser todo lo contrario, además, estoy segura que se va a poner bien.

—Aquí está la receta para que vayas y me compres los calmantes para Alex.

—¿Lo puedo comprar en cualquier farmacia?

—No, sólo en la farmacia del Oncológico llamada «Clínica del Dolor», que está en el segundo piso. Las pastillas se llaman morfina, es una droga muy fuerte que se utiliza para calmar grandes dolores, como por ejemplo los fuertes dolores del cáncer.

Mañana temprano iré a buscar esas pastillas, pensé.

Me fui a mi casa y atrás dejé a Lila con su gran preocupación, mi cabeza solo pensaba en Alex, de noche no podía dormir, comía poco y me preocupaba mucho, ansiaba que amaneciera para ir a ver a Alex y preguntarle cómo se sentía.

Temprano en la mañana, salí a comprar los medicamentos, es difícil salir inmediatamente del lugar, pues como ese medicamento es una droga, las enfermeras tienen que ver muy bien a quién se lo venden. Esas pastillas son extremadamente caras y una sola cuesta mucho dinero, en ese lugar sale más barato, pues esa es la farmacia de las personas pobres enfermas de cáncer.

Al salir del lugar, me dirigí directamente para donde Lila a llevarle las pastillas, Alex se emociona al verme.

—¡Qué dice mi valiente soldado? ¡Hoy amaneciste más hermoso que todos los días!

—Mara, las vecinas de aquí han venido a saludarme, me han dejado sus teléfonos y me dijeron que van a ir conmigo a la playa cuando tú me lleves.

—¡Qué buena noticia! Es decir, tienes nuevas amigas.

—¿Y tu pierna cómo sigue?

—Hoy amaneció más grande y botando mucha agua como con sangre, tiene un mal olor terrible, mami me cambió las vendas pero aún sigue oliendo mal. Me tomé un calmante, pero deseo tomarme otro,

porque no me hizo efecto. Mami por favor dame otro calmante.

—No Alex, te acabas de tomar uno casi ahora mismo.

—Mami, no aguanto el dolor.

—Espera, llamaré al doctor a ver qué dice.

—Sí Alex, el doctor dice que puedes tomarte otra.

En ese momento me quedé mirando la pierna y sentí que en ella veía mil demonios burlándose de mí y atormentando a Alex. Por un momento pensé que me estaba volviendo loca, pero se veía todo tan real...

Es asombroso notar cómo esta enfermedad va destruyendo la capacidad de resistencia del ser humano. Es una lucha diaria, como jugando con el tiempo, a ver quién puede o tolera más. Cada minuto que pasa es importante y ganarle, no es tarea fácil, sobre todo cuando se tiene el tiempo en contra. No importa si eres rico, pobre, es igual, es una batalla a muerte. Hay guerras que se ganan en base a millonarios recursos, pero existen otras, como esta, que no importa cuán llenos o vacíos tengas los bolsillos, el dinero en este caso no nos sirve de mucho.

Lila piensa irse al otro día, pues tiene que regresar a Santiago, debe reportarse a su trabajo, y atender su otro hijo y su casa. La próxima quimio le toca en un mes. Ella extraña su hogar, su hijo mayor, y desea que Alex se ponga al día con las tareas, aunque sea que la profesora se la mande a la casa, o se

la envíe con algún amiguito. Para Lila es sumamente importante que Alex no pierda el año escolar, el cual está casi finalizando.

Otro día comenzó y los preparativos para emprender el viaje no se hacían esperar. Trasladar a Alex en el estado que estaba era muy incómodo, cualquier movimiento le hacía doler muchísimo la pierna. Mientras lo preparábamos, me iba contando sus travesuras de su natal Santiago, me contaba que le gustaba bailar y que cuando pudiera llevaría a su novia a una disco.

—Pero Alex, eres menor de edad. Desde que el portero vea esa carita de ángel entrando por esa puerta, lo primero que va a hacer es pedirte la cédula, luego, llamar a tu mami para que te vaya a recoger.

—No Mara, cuando me cambio parezco de más edad.

—Claro que no Alex, esos no son lugares de niños.

—Puedes llevarla a comer un helado, al parque, al cine.

—¡Estoy loco por llegar! ¡Me muero por ver mis amigos!

Tomamos un bus que nos trasladó directo hacia Santiago. Alex iba todo el camino quejándose del dolor, cada movimiento que el bus hacía le lastimaba la pierna. Llegamos a Santiago y yo no lo podía creer, su hermano le avisó a todos sus amigos sobre su regreso, la casa estaba desbordada de gente, los vecinos,

los amigos de la escuela, hasta la profesora de su curso. Qué gente tan bella la de Santiago, que unidos son, me sentí como si hubiera llegado a mi casa. Que feliz se sintió Alex, duró como una hora abrazando gente, todos le daban la bienvenida. La tía de Alex había preparado comida para todos. Los cibaños se caracterizan por no tener hambre, ellos no tapan los calderos cuando llega visita, al contrario, no saben donde es que te van a poner cuando llegas a su casa. Se vuelven locos, prenden los fogones, matan animales, buscan víveres, eso es digno de admiración.

El hermano mayor de Alex me llevó inmediatamente para su habitación, me enseñó fotos, la ropa favorita de Alex, el tenis que nunca se quita. Me mostró que en la cama de arriba, (porque tienen una cama camarote) es que duerme Alex. Me pregunto si será cómodo dormir tan alto.

Nunca había visto a Alex tan feliz, sus ojos destellaban felicidad, imagino lo querido que se debió haber sentido. Inmediatamente se acostó en la cama de su mamá, suplicando que no se la movieran, pero la cantidad de gente era tal, que le hicieron un círculo humano alrededor. Todos querían hablarle, preguntarle cómo se sentía. Estoy segura que fue una sorpresa que no se esperaba.

Todos almorzamos, hicimos cuentos, nos reímos, algunos amigos bailaron y nos hacían reír. La tía de Alex, disfrutaba mirando todo ese espectáculo.

La hora de irme ha llegado, son las 5:00 de la tarde, debo regresar a mi hogar. Lila me pide que me quede unos días en su casa, pero eso para mí es imposible, tengo niños pequeños los cuales me cuida mi madre y un esposo al cual tengo también que cuidar. Me preocupa tanto tener que dejar a Alex, está tan feliz, que no quisiera despedirme para que no se ponga triste. Me despido solo de Lila y le pido que no le informe a Alex que me he ido, que se lo diga cuando él se lo pregunte. Así lo hizo.

Mi cuerpo lo llevaba el bus camino hacia la capital, pero mi mente se quedaba en Santiago. Iba en el camino pensando que pronto Alex cumpliría sus 15 años, me gustaría regalarle un pastel en crema pastelera. Imagino que desea pasar ese día en Santiago junto a su familia y sus amigos.

El bus llegó y me quedé esperando que Pepe me pasara a recoger. Por fin llegó, mis chiquitos también estaban ahí, los abracé y le di tantas gracias a Dios porque estaban llenos de vida, saludables y porque podía tenerlos a mi lado.

Durante ese mes, me concentré en cuidar a mis niños, atender mi casa, ir a mi Universidad, en fin, lo normal de cada día, interdiario llamaba a Santiago para preguntar por la salud de Alex.

Lila me cuenta que le hace jugo de sábila licuado con miel de abeja, también me dice que le hace muchas batidas de remolacha y zanahoria para subirle

las defensas. Alex ha perdido el apetito solo le gusta beber jugo, y si come solo es un poquito. Ya se le comienzan a hacer claros en la cabeza, empezó a ponerse su gorra que le regalaron. Ella lo nota mucho más amarillo, a lo mejor producto de la misma quimio y va perdiendo peso cada día. Los dolores en la pierna cada vez se hacen más insoportables y los calmantes ya no hacen efecto. El mal olor que le sale de la pierna es horroroso, es como si la pierna se estuviera pudriendo, creciendo el tumor, botando mucha agua, sangre y hasta pus.

Transcurrieron tres semanas, Alex no soporta más, antes del mes tuvieron que traerlo nuevamente para la capital. Inmediatamente lo trasladaron en una ambulancia hacia el Oncológico y lo dejaron ingresado. Los doctores se reúnen para determinar el procedimiento a seguir, determinan que es muy rápido para pasarle otra quimio, las plaquetas están en el suelo y los gritos de Alex se escuchan en todo el pasillo de la habitación. Al mirar la pierna, veo que está inmensa, más gorda que la otra, y observo que el tumor a crecido como dos veces el tamaño que tenía, las venas se le veían muy gordas como llenas de líquido. ¡Santo Dios! ¡Qué monstruo tan malvado es el cáncer!

El pecho le duele mucho, y los médicos le indican una placa, al salir los resultados se dan cuenta que el cáncer a hecho metástasis en los pulmones. Lila está inconsolable, no hay quien le diga que su

hijo no tiene posibilidad de salvarse, cuando los doctores la llaman en privado para decirle lo grave de la enfermedad de su hijo, no acepta que le digan posibilidades negativas. Ella desea pensar que todo eso va a desaparecer, que todo va a cambiar.

—Mire Doctor, en matemáticas dos más dos son cuatro, pero en medicina pueden ser tres, cinco o uno. No me diga que no hay solución, siempre la hay, lo único que no tiene solución es la muerte, y mi hijo aún respira, usted estudió medicina, y por lo tanto debe saber que los milagros existen, no se ponga negativo doctor. No me desanime de esa forma, —expresó, compungida en llanto Lila.

Me quedo con Alex en la habitación y veo que su cuerpo entero está temblando, como el que tiene una fiebre en 40 a punto de convulsionar, le pongo mis manos en su frente y en su cuello para ver si está caliente, pero está completamente normal, no puede ni hablar porque está temblando muy fuerte, le pregunto:

—¡Alex, por el amor de Dios! ¿Qué te sucede?

—Mara, no aguanto el dolor.

¡Dios mío!, Alex estaba temblando del dolor.

Inmediatamente fui a buscar una enfermera y llamaron al médico rápidamente, lo medicaron, no sé con exactitud cuántos calmantes juntos le pusieron, noté que se iba calmando lentamente, hasta que por fin se tranquilizó y se quedó dormido. Lila está aún

conversando con los médicos, tiene los ojos hinchados de llorar. No quisiera que Alex la vea así, tampoco puedo prohibirle que entre a la habitación a ver a su hijo.

Estoy sentada en un sofá frente a Alex, estoy mirando como duerme, me gustaría saber si los calmantes que le pusieron le permiten soñar. Deseo que pueda tener un lindo sueño. La habitación está helada y muy sola, no sé si tenga frío, no me atrevo a arrojárselo por temor a lastimarle la pierna. No quisiera que se despertara gimiendo de dolor, no soportaría verlo así nuevamente. Decido quedarme en el sofá con mi cabeza recostada hacia atrás, en ese momento me quedo profundamente dormida también. Pasó no sé cuánto tiempo, y solo escucho una voz que me está llamando muy bajito:

—Mara, Mara, Mara.

Me despierto espantada, pues siento que he descuidado a Alex al dormirme.

—No te asustes, soy yo.

—Perdóname, me quedé dormida.

—¿Cómo te sientes?

—Me siento muy mareado.

—¿Y mami, dónde está?

—La dejé hablando con el doctor. Viene enseguida.

—¿Deseas algo?

—Sí deseo que todo esto termine, deseo sentirme bien, ya no llevo mi vida normal, no puedo jugar

basket, no puedo salir, tengo que estar siempre acostado en una cama sin poder moverme, estoy cansado de estar así. Mi pelo se está cayendo y no me gusta cómo me veo en el espejo.

—Mi niño, no te pongas así, piensa que eso es pasajero, estás atravesando por una difícil enfermedad y los doctores tratan de hacer todo lo que está a su alcance para ayudarte a que te recuperes lo más pronto posible.

—No me hables mentiras Mara, sé que el cáncer se me pasó a los pulmones.

—¿Quién te dijo eso Alex?

—Escuché a los doctores decirlo.

En ese momento nos miramos sin pestañar, yo sin saber qué contestarle y él esperando escucharlo de mis labios. Me armé de valor y le dije:

—Es cierto, el cáncer hizo metástasis en los pulmones, pero no quiero que te atormentes pensando en eso, quiero que tus energías las utilices para pensar que te vas a poner bien, que vas a comer, que vas a llevar tu tratamiento al pie de la letra. Lo único que deseo es que luches, que no te dejes vencer, si malgastas tus energías pensando en cosas que te preocupan, no vas a tener tu mente libre ni tranquila para luchar. Quiero que te sientas libre, en paz, sin preocupación ninguna, Dios dice: «Quién podrá añadirle o quitarle un día a sus días». Es decir no te afanes atormentándote en lo que pasará, el

futuro es incierto, aún no sabemos si lo veremos llegar. Dios el todopoderoso está contigo aquí, y conoce cuáles son tus necesidades. Dios dice: «Yo soy tu Dios que te esfuerzo; siempre te ayudaré, siempre te sustentaré con la diestra de mi justicia».

—Pero Mara, si ese dolor tan grande yo lo siento en la pierna, imagínate sentir ese mismo dolor en mi pecho.

En ese momento entra Lila, y Alex le pregunta:

—Mami, ¿dónde estabas?, ¿por qué estás llorando?, ya te dijeron que me voy a morir.

—No Alex, los doctores me informan que ya mañana te van a dar de alta, dentro de una semana tengo que traerte nuevamente para que te apliquen el tratamiento de la quimio.

—Esa quimio me hará sentir peor que como me siento ahora, no entiendo por qué me la aplican.

—Ese es el tratamiento que debes llevar.

Alex estaba tan delicado que no nos atrevimos a llevarlo a Santiago nuevamente, porque iba a ser muy doloroso para él. Lo llevamos donde Sánchez, el hermano de Lila, y allí permaneció por una semana. Luego lo ingresamos en el hospital para ponerle la segunda quimio.

Con este segundo tratamiento, el pelo se le terminó de caer por completo, todas sus pestañas, sus cejas, en fin cualquier tipo de pelo que tuviera en el cuerpo. Sus ojitos tan bellos lucían apagados, sin

brillo, su piel se le puso muy amarillenta. A veces movía la cabeza involuntariamente como por dos segundos. Estaba irreconocible.

Sentía deseos de abrazarlo y sentir aquella sensación del abrazo interminable, pero está tan delicado que cualquier movimiento lo hace gemir de dolor, solo puedo conformarme con mirarlo y transmitirle a través de mis ojos todo el amor que una madre puede manifestarle a su hijo. Lo miro y veo en él a Richard, mi hijo mayor.

Lila está hoy mucho más tranquila, no está llorando, veo que está muy entretenida hablando con Alex y haciendo cuentos con la enfermera que está colocando la quimio cerca del suero. La pierna está igual pero al menos hoy no le está doliendo. Eso nos tranquiliza y hasta nos eleva el ánimo, pienso que ese ambiente de positividad le es muy favorable. Acepta todo lo que la enfermera le hace sin protestar y está consciente de cómo se va a sentir luego que terminen de aplicarle el medicamento, lo veo resignado y con muchas ganas de colaborar.

Mientras el medicamento le va pasando por las venas, veo que se duerme y no despierta hasta que termina.

Lila y yo nos quedamos contemplando su sueño, un silencio sepulcral se apodera de la habitación y solo se escucha la respiración calmada de Alex. La familia de Sánchez ha llegado y de nuevo se siente

ese ambiente de conversaciones. Unos planeando lo que van a hacer cuando Alex se sane, otros queriendo hacer una fiesta para sus 15 años, en fin. Mientras tanto, Alex sigue profundamente dormido y no se ha enterado que tiene la habitación repleta de su familia que vino a visitarlo.

Imagino que ese tratamiento lo tumba por completo, pobrecito qué debe estar sintiendo ahora.

Veo que comienza a toser y eso le provoca dolor en la pierna, es inevitable pues tiene enormes deseos de vomitar, Lila le acerca el pato para que vomite, y puedo ver como se inunda en sus propios vómitos. Procedemos a limpiarlo, a pasarle pañitos húmedos por el pecho y la boca y nos dice que se siente muy mareado.

—Mami me siento horrible.

—No te preocupes, que pronto te vas a sentir mejor, mira a tu tío Sánchez vino con la familia a visitarte.

—Bendición tío.

—Dios te me llene de mucha vida y salud, mi sobrino.

La esposa de Sánchez le cuenta a Alex que el padre de la parroquia ofició una misa en honor a su salud, la cual quedó preciosa, que los muchachos del coro de la iglesia cantaron como nunca antes. El padre prometió venir a visitarte.

—De Santiago han llamado para saber cómo sigues, tu profesora está muy preocupada por ti, y tus amigos, es por minuto que llaman. Tu hermano tam-

bién te ha llamado, dice que desea venir a verte, pero no sabe llegar solo hasta aquí.

—Tío, solo dile que desde que salga de aquí iré a verlo.

—Pero Alex, ese viaje puede ser muy doloroso para ti.

—Mami desde que me den de alta quiero irme. ¡Los extraño tanto!

Sánchez y su familia se despiden y aprovecho para irme con ellos.

Me despido de Alex y le digo que mañana temprano estaré con él nuevamente.

La familia de Sánchez y yo vamos todo el camino hablando de la terrible enfermedad que le ha tocado enfrentar a Alex.

—Ese niño ha sido muy valiente, —expresa Sánchez.

—Yo soy un hombre y no creo que soportaría lo que ese niño está aguantando y sufriendo.

Llegamos a mi casa, los invité a desmontarse para que conocieran mi hogar. Mis niños nos reciben alegres y alborotados, mi hijo mayor los Saluda, les presento al ángel que tengo como madre. Inmediatamente voy a la cocina y les preparo un jugo, hago unos sandwiches, y nos sentamos a la mesa a comer algo. En ese momento llega Pepe de su trabajo, y se pone feliz de ver a los visitantes. Compartimos por largo rato, luego se marcharon.

Al otro día me levanto muy temprano, preparo el desayuno de mi familia y sirvo el desayuno para llevarle a Lila, debe tener mucha hambre. Imagino que debe también estar muy cansada y agotada de cuerpo y mente.

Llego al hospital y saludo a Lila.

—¡Hola Lila!, ¿cómo ha seguido Alex?

—Durmió toda la noche, lo único que la pierna sigue peor.

—Te traje algo para desayunar, debes tener mucha hambre.

Me acerco a la cama donde está Alex y veo sus ojitos demacrados.

—¿Cómo está ese campeón?

—¡Hola Mara!, estoy mejor, mi pierna, que a veces como que no la soporto.

—Traje desayuno. ¿Deseas comer algo?

—No, la enfermera me trajo un jugo con galletas y gelatina, no deseo nada más.

—A ver, déjame ver la pierna.

—Está igual. ¿Te van a poner las vendas?

—No, ya no quiero que me pongan más vendas, pues siento que se me pega de la carne y para despegarla es muy doloroso para mí, además siento que eso provoca muy mal olor.

—Y entonces, ¿qué piensas hacer?, porque igual va a seguir botando mucha agua y siempre vas a tener la cama mojada.

—Creo que ando con un pañal en la cartera. ¿Qué te parece si lo ponemos debajo de la pierna? Así, el agua cae en el pañal en vez de la cama.

—Perfecto, pero ya sabes, debes hacerlo con mucho cuidado.

—Ok, respira profundo, muy profundo, mientras más rápido lo hacemos más rápido salimos de esto.

Lila deja el desayuno y se dirige a la cama para ayudarme.

—No Lila, no te preocupes sigue comiendo tu desayuno yo me encargo.

Alex lo hizo como todo un hombre, no se quejó ni un segundo, estoy segura que debió ser muy doloroso para él, pero lo hizo.

Ya no sabíamos si era correcto lavar la pierna o simplemente dejarla así, primero por el dolor que le causaba a Alex, segundo porque nunca se limpiaba por más que la aseábamos y tercero por el movimiento que había que hacer.

Llamar a la enfermera y pedirle que la higienizara con yodo o con algún jabón especial era imposible, pues sería terriblemente doloroso para él también.

Decidimos dejarlo tranquilo y no traumatizarlo más.

Si huele mal, no importa esa es la enfermedad y nosotros somos su familia. Estamos ahí para cuidarlo, asistirlo y apoyarlo. No queremos que se sienta solo ni un instante, queremos que sienta que está verdaderamente protegido.

Las personas que padecen este mal, por lo regular tienden a entrar en depresión, en una crisis existencial, por esta razón, es muy importante que el enfermo se sienta querido y comprendido. En ocasiones, sus ojos se humedecen sin decir ni una sola palabra y es ahí cuando estamos nosotras para alentarlos, para decirle tú puedes, vamos a combatir hasta el último día si es necesario y nunca nos vamos a rendir y mucho menos vamos a tirar la toalla.

Alex pudo resistir su segunda quimio y pudo soportar los efectos posteriores a ésta. Le dieron de alta al tercer día. Lo llevamos a la casa de su tío Sánchez y lo acostamos en una habitación solo para él y su mami.

Estoy en mi cama acostada, es domingo y los cánticos de la Asamblea de Dios que está detrás del patio de mi casa me despiertan, están cantando una canción muy hermosa, me sonrío y le doy gracias a Dios porque un nuevo día se inicia, puedo sentir los rayos del sol en mi cara, es como si el mismo Dios me estuviera dando una serenata.

Miro a través de la ventana y veo muchos pajaritos en las ramas de los árboles.

—¡Qué hermoso día! ¡Y qué manera de despertarme! Me siento un rato en el sofá y me pongo a pensar si esa decisión de darle quimio es la correcta. Es decir, siento que la quimio en vez de pararlo lo tumba, como si lo noquearan y el árbitro estuviera can-

tando: «uno, dos, tres», y Alex sin ánimos de pararse, tirado en la lona y Lila y yo somos el público que de manera expectante suplicamos: ¡párate!, ¡párate!, ¡párate! Nuestro campeón se para, pero tambaleándose, como el que no puede sostenerse firme, y mientras más quimio más pronto vuelve a la lona.

No sé qué pensar, la decisión no está en mis manos, yo podría hacerle una sugerencia a Lila pero no puedo decidir nada al respecto.

Conozco casos de personas que cuando le diagnostican con cáncer, inmediatamente se acuestan en una cama a esperar que la enfermedad los devore, pero eso, a mi entender, tampoco es la decisión correcta, comprendo que mientras se tienen fuerzas para luchar, se debe seguir luchando, no importa por el trance que uno tenga que atravesar para lograrlo, es mejor morir en la batalla, que quedarse como un cobarde mirando al monstruo aniquilarte.

Alex es un héroe, cada día que pasa es un reto casi imposible para él, solo tiene 14 años y está soportando todo como si tuviera 30. Sé que todos, absolutamente todos, vamos algún día a morir, es el destino más seguro que tenemos, y sé que casi a nadie le gusta pensar en esa hora, pero me atrevería a afirmar que está más segura que nuestra casa, que nuestro dinero y nuestra familia, nos atormentamos por tener, por ser, por aparentar, por querer ser más

que nuestros compañeros y amigos. Cuanto tiempo desperdiciamos en cosas que no son fundamentales, cuánto tiempo hace que no le damos un gran abrazo a nuestro hermano, hace cuánto no le decimos a nuestro compañero que lo amamos. Hace cuánto no le hablamos al amigo del lado, y le decimos: mira eres importante para mí. Hace cuanto tiempo no nos despedimos de nuestros hijos en la mañana con un beso y un abrazo. Cuánto tiempo tiramos a la basura, y luego queremos devolverlo para recuperar parte del minuto perdido, pero el tiempo es como la misma muerte, no tiene revés.

Cuando le llega a uno su momento, porque todos, tarde o temprano lo tendremos. Debemos estar preparados con los guantes puestos para subir a pelear al ring, y tratar de noquear a nuestro más fuerte contrincante (las enfermedades), y luchar aunque perdamos los dientes, aunque caigamos mil veces a la lona, tendremos público que estará gritando muy fuerte fuera del ring a todo pulmón por nosotros y eso siempre será lo más importante. El amor que sentimos por nuestros familiares nos da la fuerza que necesitamos para secarnos las lágrimas y continuar, siempre habrá un motivo por el cual luchar.

No es el momento de ingresar a Alex aún para aplicarle su tercera quimio, pero el dolor es increíblemente insoportable. Alex está en su cama temblando

nuevamente del dolor y como siempre, no podemos hacer nada, solo mirarlo, y pedirle de manera desesperada que se calme.

—¡Misericordia, Señor Jesús, misericordia!

—¡Ten piedad de mi padre! No me abandones.

—No me dejes solo, ¡Misericordia, Jesús, misericordia!

Esta oración la hacía Alex en voz alta, con la cama entera temblando y revolcándose del dolor. Esa misma noche decidimos llevarlo al médico, y dejarlo ingresado. Pudo dormir gracias a los calmantes y sedantes que le aplicaron. Al otro día los médicos toman una decisión: amputarle la pierna izquierda.

Cuando le dijeron a Lila lo que habían deliberado los galenos, se quería morir, no lo podía creer, su hijo con una pierna menos, ¡Santo Dios! En ese momento, Lila me pidió que habláramos nuevamente con los doctores.

—Lila, no quiero que te sigas torturando de esa manera, tu hijo no puede vivir con ese cáncer en la pierna, no puede comer, no puede dormir, no puede casi ni respirar del dolor, ¿es así como deseas verlo? Quejándose todo el tiempo y pidiendo misericordia, en una cama, es así Lila que quieres tenerlo, titiritando y gimiendo. Los médicos te explicaron, que le van a hacer la amputación para que por lo menos desaparezca el dolor. Para que

Alex deje de sufrir, ¿entiendes? Porque la pierna va a seguir creciendo, le va a seguir doliendo...

—Mara, pero también lo tiene en los pulmones, ¿qué van hacer? ¿Le van a sacar los pulmones también? ¿Dime si le van a amputar los pulmones? —me pregunta Lila desesperada en llantos.

—No Lila, me imagino que luego que le realicen la amputación, le empezarán a dar su tercera quimioterapia.

—¿Pero para qué? No veo que las quimio resuelvan nada.

—Lila, los médicos están poniendo el doscientos por ciento de su capacidad para salvar a tu hijo, pero no es tan fácil, recuerda que la etapa en la cual se le diagnosticó el cáncer era muy avanzada, es decir una de las peores, y tu hijo aún vive gracias a Dios y a ellos. Lila, trata de no desesperarlos, déjalos que hagan su trabajo, no le van a quitar una pierna a tu hijo por quitársela, porque estoy segura, que esos de la bata blanca también tienen hijos, y sé, aunque no me lo hayan dicho, que se les destroza el corazón viendo a tu hijo sufrir tanto.

—Mara, me dice Lila más calmada, ¿cómo le voy a explicar a Alex que le van a cortar su pierna? Dime más o menos como empiezo, a ver, dame una inteligente idea: «querido Alex, mañana vas a tener una pierna menos», y él me dirá «¡Waoooooo mami, eres genial! Mañana tendré un pie menos y estaré feliz,

porque no podrá correr, no podrá montar bicicleta, no podrá bailar, lo que tanto le gusta, es decir, va a tener su vida increíblemente «happy».

—Lila, pero por lo menos estará calmado, además aquí lo van a preparar mentalmente para ese proceso, te imaginas que pueda dormir la noche entera, que pueda comer, que pueda pararse de su cama, que pueda ir al baño, que se pueda mover, ¿te lo imaginas?

—Además la ciencia está tan avanzada, que luego le pondremos una prótesis para que pueda caminar como si tuviera sus dos piernas.

Al día siguiente, entra una comisión de médicos a la habitación de Alex, entre ellos una sicóloga, la cual toma la palabra al momento de pasar a la habitación:

—¡Buenos días, Alex! ¿Cómo te sientes?

—Imagínese doctora cómo cree que me puedo sentir, con una pierna podrida, la cual huele muy mal. Me ha crecido como cinco veces su tamaño normal, parece como si fuera a explotar, el dolor no lo aguanto.

—Entiendo que debe ser muy doloroso para ti, pero hemos venido a hacerte una propuesta para aliviarte el dolor, muchas veces uno como persona debe tomar la decisión que le conviene no la que quiere, la vida es eso una toma de decisiones, y sabemos que eres muy fuerte y optimista y como médicos estamos muy orgullosos de ti, hemos determinado que según

el cuadro clínico que presentas, lo más correcto para que te sientas mejor es amputarte la pierna, de todas formas ya esa pierna no te sirve para nada. Como sabrás, el cáncer la ha destruido. Luego que te realicemos la cirugía, verás que aunque tengas una pierna menos, te vas a sentir muy bien, porque el dolor desaparecerá, luego haremos las gestiones para donarte una prótesis con la cual puedas caminar. No queremos que te sientas mal ni deprimido, solo deseamos que lo mires como una alternativa a corto plazo, para resolver el problema que tanto te tortura. Como médicos no te podemos mentir, ni podemos entrarte a una sala de cirugía sin tu consentimiento.

—Mira aquí traemos a Ramón, el perdió sus dos piernas, enséñale Ramón. En ese momento Ramón se levantó sus pantalones y le dijo:

—Mira amigo, no he venido aquí para consolarte ni para comparar mi caso con el tuyo, sólo he venido a decirte, que me faltan dos piernas, tengo dos prótesis, hago mi vida normal, tengo mi esposa y mis hijos, y eso no ha sido ningún obstáculo para continuar, al contrario, creo que ahora soy mucho más valioso, porque he luchado, no me he rendido, y continúo batallando por la vida. En tu caso deberías tener una sonrisa de oreja a oreja, porque solo te van a amputar una sola pierna, te van a donar la prótesis y cuentas con el mejor equipo médico que tenga este hospital.

Con todas estas conversaciones Alex se queda pasmado, yo solo me he quedado observando sus ojitos preocupados y dijo:

—Estoy preparado. ¿A qué hora será la cirugía?

Realmente todos nos sorprendimos al escucharlo, porque esperábamos lágrimas, desconsuelo, pero no, ahí estaba nuestro campeón con los guantes puestos, dispuesto a seguir luchando.

Los médicos le informaron que le iban a realizar unos estudios antes de la cirugía, así lo hicieron y al tercer día en la mañana temprano, lo fueron a buscar y lo llevaron al quirófano. La operación duró aproximadamente tres horas. Todo salió muy bien y veo que llevan a Alex a su habitación. Está aún dormido, no sé si puede escucharnos, me alegra tanto que todo haya salido bien. Lila está al lado de su cama, mirando el vacío que se ve en el lado izquierdo de su cuerpo. Alex está profundamente dormido, y el silencio sepulcral nuevamente invade la habitación.

Me quedo pensando en la pierna que le amputaron, me pregunto qué harán los médicos con una pierna tan malvada. Me siento feliz porque ahora ese cáncer ya no va a atormentar a Alex, por lo menos en ese lugar. Esa pierna deberían quemarla, no enterrarla para que no contamine la tierra.

Escucho que Alex se mueve como en cámara lenta e inmediatamente me acerco a su cama, y le preguntamos Lila y yo al mismo tiempo:

—¿Cómo te sientes?

—Con mucho sueño...

—¿Sientes dolor?

—No.

Veo que hace un intento por levantarse a ver su pierna amputada, pero los efectos de la anestesia provocan que vuelva como por gravedad a la cama.

—No te esfuerces Alex, todo está bien, trata de descansar.

Observo que levanta la sábana y se queda mirando sus genitales, y pregunta:

—¿Qué es eso? No me digan que me amputaron el pipi también...

—No Alex eso es una sonda para que puedas hacer pipí sin necesidad de pararte. Eso te lo colocan en sala de cirugía durante la operación, pero ya verás que más tarde te lo retiran.

Gracias al señor todo transcurrió muy bien, y al tercer día, le dieron de alta en el hospital.

Nos vamos para la casa de Sánchez, el tío de Alex, y puedo notar que todos se sienten afectados por la amputación de la pierna de Alex, incluso el mismo Alex no para de mirarse la pierna. Ahora le corresponde al tiempo jugar su papel de cicatrización y cuando esto suceda, podrá el hospital ponerle la prótesis que le prometieron. Pronto cumplirá 15 años, y para cualquier joven de esa edad, es un sueño poder hacer una celebración con sus seres queridos con motivo a

esa fecha, pero los ánimos no están en su mejor momento y yo no me atrevo ni siquiera a tocar el tema.

Veo que Alex se acuesta en su cama, no tiene dolor alguno, solo simples molestias producto de la misma cirugía. Nos pide que lo dejemos solo, y todos abandonamos la habitación. Estoy segura que desea dormir profundamente, como hace tanto tiempo no lo hace. Solo deseo que pueda lograrlo y que nada interrumpa su sueño.

Pasó un mes y Lila empieza a hacer los preparativos para irse a casa, me dice que dentro de dos días volverá a su natal Santiago.

—Me quiero ir, me hace mucha falta mi casa, mi cama y mi hijo. Recuerdo una noche muy oscura, que el cielo estaba nublado y no se veía ni una sola estrella, estábamos los tres en el balcón mirábamos al cielo y hacíamos cuentos, nos reíamos, estábamos tan felices de estar juntos. En ese momento me preguntaba si Dios estaba en el cielo observándonos... Cuando tengo cerca a mis dos hijos realmente me siento plena, satisfecha, realizada.

En ese instante se me hizo un nudo en la garganta y me puse en su lugar como madre y no pude contener mis lágrimas, nos abrazamos como una muestra de apoyo y solidaridad.

Pensé tantas cosas, me dije a mí misma: «Dios, ¿dónde estás que has permitido que suceda todo esto? ¿Por qué no escuchas el dolor de esta madre?». Me

sentí como si en ese momento estuviera tambaleándome rumbo a la lona, destrozada, herida y hasta con cierto remordimiento de culpa, pero recordé que todo en la vida tiene un propósito y nada sucede al azar y le dije a Lila:

—Mira lo que leí en la palabra diaria:

Dios es mi fortaleza, mi guía, mi todo. En Dios yace la promesa de que cuando las situaciones de la vida se ponen difíciles, la transformación y la recuperación son posibles. Recibo consuelo según oro y entrego mi vida al cuidado divino.

Cuando pienso en otros que pudieran necesitar consuelo y fortaleza para responder a la vida con atención y eficacia, afirmo que Dios es la vida en ellos que se expresa como ellos. Todo bien es posible. Y según medito sobre el bien, mantengo pensamientos de consuelo y fortaleza para cada persona.

No hay garantía de que habrá una ausencia absoluta de dificultad, pero sí de que Dios nos ama y sustenta a cada momento. En el consuelo de esta conciencia doy gracias porque la vida continúa.

Noté que al terminar de leer la oración Lila dejó de llorar y me dijo:

—Es cierto Mara, ¿de qué nos estamos quejando, si tenemos a nuestro Alex con vida acostado en la cama?

Me despedí de Lila y me fui a casa, mi linda familia como siempre, esperando por mí con los brazos abiertos, todos quieren saber de Alex, sobre todo, mi hijo mayor Richard, siempre me pregunta:

—¿Mami, cómo sigue?

Cada vez que Richard me cuestiona, en realidad no sé qué responderle... Suspiro profundo y le digo, mejorando...

El estado de salud en el cual se encuentra Alex es muy delicado, pero aún así tiene muchos deseos de vivir, de ver el sol brillar cada mañana, de poder ir con sus amigos a pasear. Esto para él es un trance, una situación muy difícil y no estoy segura si podrá resistir su segunda prueba, la cual consiste en ganarle la batalla al cáncer de pulmón.

Pasaron dos días y fui Donde Sánchez a ver a Alex, mi sorpresa fue grande, al ver que estaba sentado en la sala mirando televisión. Cuando lo vi le expresé:

—¡Pero mi niño querido de mi corazón, qué bello estás! Lo abracé y le di un beso muy cariñoso, sus ojitos brillaron y una gran sonrisa iluminó su cara, hace tanto tiempo no veía esa carita iluminada.

—¿Cómo te sientes?

—Resignado, adaptado a que ya no tengo mi pierna izquierda, pero feliz porque Dios me ha brindado una nueva oportunidad de vivir, ya no tengo dolor,

solo me molesta el pecho, casi no puedo respirar es lo único, pero todo lo demás está en orden divino.

—Me alegra mucho escuchar eso de tus labios, porque eso significa que continúas siendo un gran héroe.

—¿Ya tienen todo listo?

—Mami ya empacó todo, no sé qué dirán mis amigos cuando me vean llegar.

—Se pondrán felices al verte, eso es seguro.

Lila en ese momento me pide que le ayude a subir unos paquetes dentro del carro que los conduciría hasta la terminal. Observo el cuarto que pertenecía a Alex, que vacío se ve y que solitario se siente.

Abordan el vehículo y se despiden con tristeza, en esta ocasión no los acompañé hasta Santiago, pero acordamos que en una semana estaría por allá, pues mis compromisos universitarios y familiares me lo impedían.

Me quedé mirando el auto hasta que se perdió de mi vista, eran aproximadamente las 10:00 de la mañana, supongo que llegarán a Santiago en dos horas y media, debido al estado de Alex.

No sé que me sucede, cada día me siento peor, quisiera saber dónde está mi fortaleza, se supone que soy yo la que debo dar ánimo, pero al parecer mi resistencia está de vacaciones. La amputación de la pierna de Alex me ha afectado bastante, no es

que yo no quiera aceptar la realidad, pero qué duro es ver esa escena en un ser querido.

Estoy acostada en mi cama y escucho sonar el teléfono, me tiro rápidamente, al tomarlo escucho que es Lila.

—¡Hola Mara! Te llamo para decirte que llegamos muy bien, todos los amigos de Alex aún están aquí, y está feliz de estar en su casa, lo único que casi no puede respirar, lo hace con mucha dificultad, por eso fuimos a la emergencia del Hospital de aquí en Santiago y nos indicaron que compráramos un tanque de oxígeno para tenerlo conectado.

—¿Oxígeno? ¿Pero realmente lo necesita?

—Por supuesto que sí. El me dice que el aire como que no le llega y que le duele mucho, estuvo todo el camino con dolor en el pecho.

—¿Me lo puedes poner al teléfono?

—No Mara, ahora mismo está acostado y conectado.

—Bueno, quería decirle que el sábado nos vemos por allá.

—Se lo diré y te esperamos.

Al colgar el teléfono sentí escalofríos, presagios que se apoderaron de mi mente y mis pensamientos, los cuales me intranquilizaban, quisiera que el tiempo volara para que pronto fuera sábado, para poder ver personalmente a Alex. Quiero que sean sus ojos los que me digan realmente cómo se siente, me gustaría preguntarle tantas cosas.

Ya encargué el bizcocho para su cumpleaños, realmente no he coordinado nada con Lila, pues quiero que sea una sorpresa para él, su cumpleaños es el miércoles pero como no voy a poder estar presente, le llevaré un bizcocho el sábado con forma de playa. Me imagino la carita feliz que pondrá al recibirlo. Alex es un joven muy inteligente y muy feliz, lleno de afectos, inundado por el más puro y bello amor el cual proviene de su madre y de su hermano. Desde que nació ha sido un niño muy querido, anhelado por su mami, y protegido por su hermano mayor. Esa felicidad la cual transmite, es producto de que tuvo una niñez feliz, sin traumas, sin problemas; hablar con él es sentir paz, tranquilidad, amor...

Tengo todo planificado, pues le hablé a Sánchez para que nos acompañara junto con su familia a cantarle con la guitarra canciones de la iglesia dedicadas a Alex. Hay una en especial que es la que más le gusta, la canta el hijo de Sánchez, el cual pertenece al coro de la iglesia Santa María Reina. Cuando ese joven la canta le pone la piel de gallina a cualquiera, y sientes como si el mismo Dios te tocara tu corazón.

Mi familia está muy emocionada también y mis niños todo el tiempo hablan de ese viaje. Durante el transcurso de la semana, he recibido muchas llamadas, todos quieren ir, y yo muy feliz de que podamos

asistir muchas personas a darle un cariñito a Alex. Quiero que sienta que no está solo, que tiene gente de sobra que lo quieren y lo extrañan.

Cuando llegó el miércoles lo llamamos y lo felicitamos, se puso feliz de escucharnos, casi no se podía parar porque continuaba conectado, pero gracias a Dios pudimos hablarle.

El sábado tempranito en la mañana nos dirigíamos a Santiago, íbamos en fila un carro detrás del otro, toda la familia muy alegre por el camino, la vegetación que se observa es preciosa, el camino entero voy disfrutando el paisaje verde de las montañas, cuánta flora, me encantan las casitas que se ven a lo lejos, en donde sale una humareda, creo que cocinan en anafe, me gustaría poder desmontarme y pedirle que me cuelen un café en leña, seguro que si lo hago, atenciones habrá de sobra, y más aún si son mi gente cibaëña. Veo un campesino en la cima de una montaña con ganados, puedo ver con el afán que dirige los animales. Muchas personas a la orilla de la carretera vendiendo dulces caseros, plátanos, mangos, batata horneada, matas, en fin, de todo. Niños andando en burros, semidesnudos, descalzos por los montes, las casitas no tienen hierro por ningún lado, es como si por esta zona no existieran ladrones. Hasta el aire que se respira es de paz... Dormirme en el camino sería una desconsideración a la hermosa vista del paisaje.

Luego de dos horas y media llegamos y nos desmontamos, subimos hasta el segundo piso, saludamos a todos los que se encontraban presentes, pero me extraña que Alex no me ha llamado ni lo he visto. Entro a las habitaciones y no lo encuentro, voy a la cocina y tampoco, cuando escucho algo que hace: pis, pis, y me doy vuelta, cuando miro: el señorito Alex pitándome, muy bien vestido, sentado en un rinconcito de la galería con su gorra sus tenis favoritos y su pantalón jeans ancho; me llené de una alegría que en estas líneas no puedo describir, recuerdo que lo abracé, lo besé y me sentí muy emocionada al verlo. Lo encontré hinchado como si estuviera gordo, amarillo pero muy feliz, no estaba conectado pues me explicó que nos estaba esperando y que haría todo lo posible por respirar sin el tanque de oxígeno, por lo menos mientras estuviéramos en su casa. Quería atencionarnos como si no estuviera enfermo, se volvió loco de alegría al ver tanta gente visitándolo. Pepe le subió el pastel y todos le cantamos cumpleaños feliz. Le encantó el diseño del bizcocho alegórico a la playa. Se movía para todos lados con una sola pierna, se agarraba muy bien y él solo se desplazaba por todas partes, me dijo:

—Ven a ver...

Cuando miro, me está enseñando que puede subir y bajar las escaleras sin ayuda de nadie, me quedé sorprendida, le pedí que no lo repitiera. Por un

lado me alegró mucho, por el otro me asusté, porque no quiero que nada le siga afectando su salud. Realmente es sorprendente su mejoría. Su primo en ese momento lo llama, y le pide que escuche una canción que le va a tocar con la guitarra, en ese momento todos hacemos silencio y escuchamos al artista entre risas y aplausos, miro a Alex y tiene una sonrisa pintada de forma espectacular como nunca antes, está feliz...

Las fotos no se hacen esperar y todos quieren tomarse una con Alex y su hermano. Lila está en la cocina en sus afanes junto a su hermana. Nunca la había visto tan feliz, su alegría comienza donde la de Alex se inicia y es precisamente eso lo que la tiene en éxtasis, la sonrisa de Alex.

Disfrutamos de un sabroso sancocho el cual preparó para todos nosotros la hermana de Lila, luego pusimos a Alex a pedir un deseo sobre el pastel, y le cantamos nuevamente cumpleaños feliz. Le pedimos que apagara la velita y pidiera un deseo. Todos dimos un fuerte aplauso. Nos sentamos y disfrutamos el exquisito pastel y de manera indiscreta le pregunté a Alex:

- ¿Me puedes decir cuál deseo pediste?
- Eso es un secreto, si lo digo no se me cumplirá.
- Vamos Alex, dime, ¿Cuál fue tu deseo?
- Te prometo que otro día que no sea hoy te lo digo.
- Está bien, espero que no lo olvides.
- Y me mira con una sonrisa pícaro.

En fracciones de segundos, a Alex le entró una tos seca tan fuerte que tuvimos que acostarlo y conectarlo al tanque de oxígeno porque casi no podía respirar. Lila por poco se muere del susto pensando que su hijo se le iba, y nosotros, ni hablar, porque lo que menos queremos es que Alex se sienta mal y menos hoy que todos vinimos tan alegres a visitarlo.

Pasaron 20 minutos y Alex empieza a respirar mejor, veo que quiere hablarme y le pedimos que no lo haga para que no gaste energías, insiste en querer hablarme y me pide que acerque mi oído a su boca. Al hacerlo puedo escuchar que me dice:

—Quizás no te vea otra vez y quiero decirte en este momento el deseo que pedí.

—No te preocupes Alex, estaba bromeando contigo, en verdad no quiero saber lo que pediste.

—Acercarte más...

Me susurra muy bajito:

—le pedí a Dios que todo esto termine ya, que me ponga alas para que yo pueda volar libre como el aire que estás respirando, no quiero que sigan sufriendo por mí. Eso le pedí a Dios: alas para volar.

Quise poder tener control en ese momento, pero no soy de hierro y mis lágrimas las cuales Alex nunca había visto, se derramaron frente a él, en ese momento sentí que todos salieron de la habitación y quedamos Lila, Alex y yo.

Nadie pudo escuchar lo que me dijo Alex, ni siquiera Lila, mirando sus ojitos apagados y turbados, tomé la almohada y le acomodé la cabeza, sus ojos se humedecían al mirar los míos, no pudo decirme ni una palabra más. Me acerqué hasta sus oídos y le dije:

—Siempre estaré contigo, aunque vuelas muy lejos de mí, porque mis pensamientos y los latidos de mi corazón te buscarán en cada momento que hemos compartido y por siempre, te estaré recordando y hablando muy bien de ti, mi niño querido.

No estoy segura si pudo escuchar mis palabras, solo sé que cuando me aparté de sus oídos tenía sus ojos completamente cerrados, como el que duerme un sueño hermoso y profundo.

Maribel Ramírez Peralta

Nació el 16 de agosto del 1975, en Villa Vásquez (Montecristi). Es licenciada en Derecho, egresada de la Universidad Autónoma de Santo Domingo (UASD) en el año 2007, y miembro activa del Colegio Dominicano de Abogados, con Diplomado en Derecho Procesal Penal. Está casada con el Ing. Fausto Mesa y es madre de cuatro hijos: Ricardo, Belmari, Fausto Ismael y Ángel Iván.

Ingresó al Banco Central el 3 de noviembre del 2008, ocupando la posición de secretaria II en la gerencia del Banco Central.

Ganadora del segundo lugar en el Concurso de Arte y Literatura Bancentral 2009, en la categoría Cuento, con su obra «Arenas movedizas».

En la actualidad la licenciada Maribel Ramírez, forma parte del equipo de trabajo del Departamento de Sistemas y Tecnología, en el cual permanece hasta la fecha.

Tercer premio



Y quizás después vendremos

Ariadna Adames Rojas

En una mudanza siempre habrá cosas que inevitablemente se perderán. No todo cabe en los cajones, y los nuevos lugares reclaman, inclementes, su espacio y protagonismo.

Esas calles que hoy dejamos, las habíamos recorrido un montón de veces. De norte a sur, de este a oeste, dando vueltas como locos en círculos imaginarios, que no eran más que esas cuadras interminables de nuestra zona.

Conocíamos de memoria los rincones y los atajos, e incluso sabíamos, como en una especie de complicidad, aquellas historias que se escondían tras cada puerta, escuchábamos los rumores que se escurrían por las ventanas. Por ejemplo, distinguíamos, a

pesar del tiempo que había pasado, aquella casa donde aconteció el drama horrendo. Allí, donde los demás no veían más que una mancha dispersa, nosotros vislumbrábamos esa sangre marcada a mano.

Decía que esas calles las habíamos recorrido un montón de veces. Sin embargo, tú, y de eso no caben dudas, lo habías hecho de una manera distinta. Entornabas los ojos de forma tan extraña y te quedabas tan serio de repente, que temía muchas veces hacer algún comentario fuera de lugar. Por el contrario, yo, al caminar contigo a mi lado, contigo delante, contigo detrás, sonreía. Esa era mi forma de enfrentar la vida. Abría los ojos y perseguía aquello que transmitían las escenas, aquello que quedaba sugerido tras cada expectación. Con todo, había más de común en nuestros paseos que esas pequeñas diferencias, por eso quizás, cuando nos mirábamos nos reconocíamos más allá de nuestros ojos. Y es que mis ojos para tus ojos eran los reflejos de las imágenes de esos balcones, de esas callejuelas y de esas señoras y sus vestidos. También lo eran de los perros y los locos, de las sombrillas y la lluvia. Por eso, cuando me quedaba callada y te miraba, entendías que sólo bastaba con que tomáramos café.

Pero las mudanzas son impiadosas y arrasan a fuerza muchas cosas que no se ven. En cambio, otras que creemos estarnos llevando hace tiempo quedaron abandonadas.

Y quizás después vendremos

El día en que ordenaron comenzar a empacar las pertenencias parece que alguien dijo: que sea la tristeza. Qué desdicha saber que dentro de poco nos recordaríamos en miradas. Había tanto temor a olvidarnos, tanto presagio de soledad, que comenzamos a desafiar las horas. Perdimos ese temor al tiempo. Ya su persistencia no era tan cruel como creíamos. Ya a esa altura, se desfigura la vergüenza.

Antes del anuncio de la mudanza no era así, en ese entonces desconocíamos las bondades de los atardeceres, le temíamos tanto a la oscuridad. Ese pavor a lo nocturno, esa desconfianza a cruzar las calles, esa mezcla de creencias y rituales adquiridos de parte de la línea materna, era una inmersión en brujerías y religiosidad absurda. Tan arraigado estaba en mí ese trastorno familiar, que lo asumiste como una verdad; y eras ya tan parecido a mí y a mi familia. Recuerdo el día en que, por no querer que la noche nos cayera encima, y por el subsiguiente temor de quedar aplastados, pretendimos techar con papeles de colores toda área a cielo abierto contigua a la casa. Era parte de la búsqueda de alternativas para lidiar, por un lado, con las creencias que llevábamos a cuenta, por el otro lado, mucho más voraz y atirante aún, para tentar de a poquito a la noche y sus encantos.

Tú no te sorprendiste de la noticia de mi partida. Tú no querías mostrar congoja. Tuviste la misma actitud que tomabas al ver las palomas arrolladas

sobre el asfalto. Esa la turbación que te inundaba se convirtió en irónicas reacciones que celebramos como dos borrachos. Qué animados al diálogo nos sentíamos, en que falsedades nos estábamos metiendo. Esas tertulias que ofrecían nuestros silencios eran la confirmación de que nuestra simpatía era recíproca y de que se mantenía y de que no se mantendría.

Las mudanzas también conllevaban a desplazar sentimientos. Entre la palabra mudanza y la palabra exilio no hay tanta distancia. La primera, es sólo un eufemismo de la segunda. Y los exilios marcan a las personas profundamente y hasta a veces las deshumanizan.

Yo ya sabía que seríamos así, tan parecidos a dos amantes en víspera de la despedida. Tan cercanos a entrevistas periodísticas. Tú ya me intuías a acercarme y no volver. Y es que hablábamos de lo mismo y sentíamos lo mismo. Nadie lo sabía sin embargo. Es que no es lógico para los otros entender que tus verdes se traducían en mi «y las hojas no terminan de caer». Y que los colores y las letras no están muy lejos de evocar un paraíso donde hay tantas manzanas que elegir...

Ya a esa altura nos dimos cuenta de que la noche caía por igual, y que no mataba de la forma en que nos habían contado. Cuando descubrimos eso, comenzamos a descartar las preocupaciones de otros tiempos y los efectos de la noticia de la mudanza se consumaron.

Y quizás después vendremos

Es que el cielo es muy grande para taparlo con papeles, es que no es aplastada como mueres al conocer las noches. Habíamos crecido a consecuencia de una sola noticia, justo en el tiempo de la mudanza.

Las pertenencias de la abuela ya fueron empacadas. Papá por su parte se siente orgulloso de la nueva casa que viviremos. Mamá cree que todo le ha cabido en los cajones. Yo, sin embargo, tengo más conciencia que ella, porque sé que hay cosas que no irán a la nueva casa. Hay algo que se ha quedado. Pero quién sabe, quizás después vendremos por toda la inocencia que se me perdió entre estas calles.





Ariadna Adames Rojas

Nació en Santo Domingo el 30 de noviembre de 1986. Hija de Héctor R. Adames y Josefina Rojas de Adames.

En el año 2005, el Instituto Tecnológico de Santo Domingo (INTEC) la selecciona como Estudiante Meritoria Nacional del Programa INTEC con los Estudiantes Sobresalientes (PIES). Es egresada del Instituto Dominicano de Periodismo (IDP).

En la actualidad cursa la Licenciatura en Derecho en la Pontificia Universidad Católica Madre y Maestra (PUCMM) y desempeña sus labores en la Comisión Jurídica del Banco Central de la República Dominicana.

En el 2003 ganó el primer lugar en el concurso literario «Terminemos el cuento», realizado por el *Listín Diario*, Plan Lea y Unión Latina, cuyo premio consistió en un viaje cultural a Madrid, España. Más tarde, en el 2005, obtuvo la primera mención de honor del mismo concurso.



Primera mención de honor



La nube

Sabrina Hernández Batlle

Domingo Encarnación estaba tumbado en su cama boca arriba, pensaba: «otro lunes y la misma vaina», repasó rápidamente su agenda y confirmó sus pensamientos.

Mingo, como le decían cariñosamente, era gerente de una sucursal de un banco de prestigio, vivía modestamente en Ciudad Nueva, compartía su vida con su esposa Sugeiry y sus hijos Jacqueline de 17 años y Jonathan de 14.

La vida de Domingo no tenía grandes emociones, todo marchaba como un reloj suizo. Salía a las 7:15 todas las mañanas en su Toyota Corolla del 91 y se iba a su trabajo; regresaba a eso de las 6:45, se ponía una camisilla y se sentaba en la galería de su

casa a armar modelos de aviones de la Segunda Guerra Mundial, hasta la hora de la cena. Luego veía una telenovela junto a su mujer, para más tarde irse a la cama donde se acostaba boca arriba y pensaba: «mañana será otro día y... la misma vaina».

A Domingo le preocupaba algo, se sentía abrumado sin tener problemas, resacado sin haber bebido. Esta situación era muy vieja, tan vieja que le había acompañado todos sus días desde que empezó la universidad; luego, cuando cursaba su carrera de contabilidad conoció a Sugeiry y aquella nube perenne se disipó ligeramente, para luego volver a aparecer y no abandonarlo nunca más.

Por más vueltas que le daba al asunto, no encontraba el porqué... aparentemente no tenía motivos, tenía una buena mujer, unos hijos saludables aunque algo exigentes, un trabajo estable y a la sazón no tenía grandes deudas.

Llegó un momento en que pensó consultar a un psicólogo, pero creció pensando que eso era para locos y desistió de la idea.

Para esos días, había pasado un ciclón que les tomó desprevenidos, porque según había dicho el servicio de meteorología «no iba a tocar la isla». Los servicios de luz y agua se restablecieron en un tiempo récord y la vida continuó como de costumbre.

Días después, a eso de la 1:30 de la madrugada, Domingo Encarnación escuchó un alboroto en la

calle, parecido a cuando abren las puertas de un concierto de un bachatero en Semana Santa.

Sus piernas se negaron a responder y su cerebro no quería registrar los acontecimientos. Se quedó paralizado y fue su mujer quien abrió la puerta. En medio del caos, pudo escuchar que venía un maremoto. La noticia había llegado desde San Pedro de Macorís.

Sugeiry levantó a los muchachos y le dijo a Domingo que recogiera algunos documentos importantes; todos salieron hacia la calle, viendo asombrados como los vecinos cargaban un sin fin de disparatadas cosas.

Se montaron en el camión Daihatsu del vecino rumbo al Parque Mirador y, entre plegarias, Sugeiry miraba a su alrededor. Doña Chicha, con una pierna renca, tenía en su cintura un salvavidas de un dinosaurio morado; Chilo, el del colmado, llevaba un cartón de huevos y una caja de galletas de soda; don Reynaldo, el que vivía en la esquina, llevaba tres cuadros, uno de ellos del Sagrado Corazón de Jesús; Lupe, la vecina del frente, con una batica que dejaba al descubierto sus inmensas proporciones, no paraba de darse golpes en el pecho; hicieron falta cuatro hombres para apartarla del medio de la calle.

Fue cuando llegaron al Mirador, que Sugeiry notó la ausencia de Domingo. «¡Oh Dios mío!, ¿Dónde está Mingo?». A todas voces comenzaron a llamarlo...

Sabrina Hernández Batlle

Cuando por fin se calmaron los ánimos y el tan anunciado maremoto no había sido más que una falsa alarma, Sugeiry y los niños regresaron a la casa, esperando encontrar allí a Domingo.

Sugeiry, junto con la salida del sol, esperó a Domingo en el balcón... Domingo no llegó.

Se dio parte a la policía, fueron a todos los hospitales y destacamentos, se buscó en las zanjas y alcantarillas sin tapas... Domingo no apareció.

Las horas se convirtieron en días, los días en semanas y las semanas en meses y el paradero de Domingo Encarnación seguía siendo un misterio.

Los sucesos de aquella madrugada aún son objeto de conjeturas, hasta se llegó a barajar la idea de que había sido raptado por alienígenas. La familia buscó amparo en su iglesia, donde el pastor le recomendó aceptar lo que él entendía era un designio del Señor.

Domingo Encarnación estaba tumbado en su cama boca arriba, pensaba: «otro lunes... y ¡tanto por vivir!».

Recordaba lo sucedido: en medio del caos de aquel inverosímil maremoto, vio como su familia se trepaba en el camión, ya tenía en mano pasaportes, la bolsita con las joyas de la abuela y casi dos mil dólares que había juntado poco a poco, cuando se detiene a pensar en lo absurdo de la situación, «¡Por Dios!, ¿a quién se le ocurre? ¿Qué maremoto se anuncia?».

Con un repentino impulso se cambió de ropa, tomó una muda y se dirigió al aeropuerto. Por fin se subió, por primera vez en un avión.

Al principio pensó en ir y venir, para luego achárselo a la crisis de la mediana edad, tal vez podría inventarse una amnesia momentánea... Domingo se quedó en el extranjero.

Aún tumbado, suspiró y vio el otro lado de su cama desarreglado y una sonrisa bailó en su rostro. También vio, con mucha satisfacción, como iba creciendo su colección de modelos de aviones y pensó en el modelo *Spitfire mk2* que dejó en la isla, quizás una de las pocas cosas que echaba de menos.

Se abrió la puerta del baño, alejando con esto sus reflexiones. Con un guiño pícaro saludó: «Buenos días, Raúl».

Finalmente la nube había desaparecido.



Sabrina Hernández Batlle

Nació en Santo Domingo un día de junio de un año específico. En esa misma ciudad, residió en Arroyo Hondo en los tiempos en que este era un sector suburbano, lo que alentó su amor por los espacios abiertos y la vida tranquila. Al concluir la escuela secundaria estudió Ingeniería de Sistemas en el Instituto Tecnológico de Santo Domingo (INTEC), donde además realizó una maestría en Alta Gerencia.

Laboró 10 años en el Banco Nacional de la Vivienda y desde hace 11 trabaja en el Departamento de Sistemas y Tecnología en el Banco Central de la República Dominicana. Es madre de tres hijos hermosos: Sarah Patricia, Felipe Arturo y Daniela Marina, quienes se constituyen en la razón de su vida; vive con ellos y su esposo, el arquitecto Marcos A. Blonda en Santo Domingo.

Segunda mención de honor



El amor no ve

Ellen Pérez Ducy

Tomé un taxi rumbo a la exposición. En el camino no hablé por teléfono, como siempre. Esto ahuyenta a los secuestradores y evita cualquier intento de conversación del taxista, aunque debo decir, que he aprendido cosas muy interesantes de ellos. Por el malecón se le habrán llenado los oídos de susurros de salitre y los detalles aún desorganizados de mi excursión. Mejor eso que conversar directamente con un total desconocido a quien nunca más verás.

La exposición no era nada como me la imaginaba. Se supone que eran réplicas de grandes obras las cuales uno podría tocar con las manos para apreciarlas de otra manera. Era una oportunidad interesante dado que, naturalmente, en el *Louvre* no se

puede andar sobando al David original. Yo visualizaba deambular entre estatuas a las cuales podría abrazar cuando nadie mirara mucho y tocar con gesto de satisfecha intriga en caso de que alguno me estuviera observando de reojo. Resultó que no se podía pasar sin un guía, un representante del Patronato de Ciegos. Las reglas pedían que fuésemos todos en fila, tocando el hombro de quien iba delante. Dentro, negro ab-so-lu-to. Increíble cómo se puede transformar al mundo con apenas unas cortinas.

A los tres pasos te asalta el pánico de vivir así. El problema de los ciegos no es que no ven cosas bonitas ni importantes. Es que no ven nunca nada. Toqué la primera obra. Me repugnó. Eran unos hilos de algodón... confundida mi mente repasaba su diccionario de obras maestras... conseguí escuchar la palabra oveja, el guía iba adelante y hablaba muy suave, reintenté tocarlo pero no me pareció mejor, ni mas oveja. Pensé que en vista, probablemente sería peor.

El guía vino atrás a ver si todos estábamos tomados de la soga que serviría de senda, y que por supuesto, no había visto. Percibí que estaba agradablemente perfumado, cosa obvié afuera cuando evalué su físico más bien ordinario, un hombre, que si viera, no tendría nada que me hubiera gustado y probablemente hubiera rechazado de plano.

Luego, cabezas. ¿Sería papel maché? ¿Barnizado? Una marchanta de Cayuco con algo largo como hoja

de plátano arriba; sesos de cerámica. La cerámica me gustó. Su lisa frialdad tiene algo de reconfortante, y, a medidas me acostumbraba a la oscuridad, desarrollaba más el tacto. Sesos fríos, interesante. El guía preguntó si todos habíamos llegado a la pieza de bronce y cuando dije que no, se volteó. «Usted es alta» dijo. Me sorprendió su observación de tal manera que ni siquiera contesté.

Para cuando llegué a la pieza con puntas y círculos de metal ya estaba comenzando a extasiarme. Mi tacto se había agudizado. Los diez dedos eran como si fueran 30, unas respiraban el sabor del material, otras conectaban con su electricidad muda, otras delineaban las formas mientras mi cerebro se aprestaba a conjugar este diluvio de informaciones en una imagen a color. El guía, tratando de organizar el grupo, me tocó el pecho y su mano se deslizó por mi espalda para posicionarme. «Nada, me dije, no puede ver, no fue nada». Pero vaya puntería.

Llegamos a la mesa servida a comer como los ciegos. Me imaginé a mí y a él sentados frente a un banquete que no podíamos ver, felices de compartir un almuerzo. ¿Cómo sería una vida así? Yo que elijo los plátanos maduros fritos más negros, melosos de fructosa caramelizada, la batata más crujiente, el arroz más vaporoso del centro de la fuente para comérmelo con deleite *gourmet*. La carne ni se diga cuanto la

analizo. Pero con él, no sabría nada. Ninguno sabríamos. ¿A qué sabría una vida así?

Para recuperar la soga reversamos el orden. Tuve que tomar su mano. En el instante en el aire la esperaba áspera, descuidada. Cuando aterrizó mi palma en la suya la encontré suave y firme. Cálida. No fue un apretón de manos fuerte, pero sí sentido. La soga, en cambio, era grosera, sus hilos secados al sol, muertos a los jugos de la vida, me arañaban la piel. Hubiera preferido ir guiada de él.

Admiramos el tributo al árbol caído, del cual brotaban cacaos tallados del estomago del tronco. La madera tenía un olor delicioso, lo busqué varias veces con la nariz, embriagada de sensaciones. Cuando llegamos por fin a un Apolo ya andaba en éxtasis. ¡Qué muslos! Busqué los pies a ver si tenía. Mi imaginación rodó por sus huesos de bronce esculturales, como los de Guillermo, que tanto me gustaban y que disfrutaba admirar a contraluz cuando veíamos películas, olvidándome de la trama que se supone me interesaba y que luego debía comentar, como hacen todas las parejas cuando van al cine.

El guía daba sus palabras de despedida, huecas. Yo no quería partir, la luz de la salida hirió mis ojos y me devolví. Revisité la exposición completa y me senté en una silla a volver a sentir el *bowl* de orégano y el de arroz. De alguna forma me encontró en la oscuridad.

—¿Cómo se llama usted? Le dije mi nombre.

Lo suspiró como si fuera incienso. «Mucho gusto, Omar».

Supe que se alejó. Hojeé el orégano con la mano izquierda apreciando su frescura. Orégano negro. Logré discernir entre las hojas una premonición. Con la derecha comencé a palpar la cartera hasta encontrar mi celular y marqué las teclas de memoria, buscando su posición relativa al borde, como si ya estuviese acostumbrada a ser ciega.

—Guillermo —le dije solemnemente—, ya no podremos vernos.

El autor solicita al lector que cierre los ojos si va a volver a leer el cuento.



Ellen Pérez Ducó

Obtuvo la licenciatura en Economía en la Universidad Nacional Pedro Henríquez Ureña en 1989. Laboró en el Banco Central (1986-1988) en la División de Administración de Reservas Internacionales del Departamento de Deuda Externa, experiencia que la motivó a cursar la maestría en Finanzas Internacionales en la Universidad de Urbana-Champaign, Illinois, Estados Unidos. Obtiene el grado en 1992.

Ha desempeñado funciones como economista en la Oficina de Asesoría Económica del Senado de la República y ADOEXPO, gerente de Esquiz Dominicana, consultora de negocios independiente y profesora de Finanzas e Inversión en la PUCMM e INTEC. Fue directora del Centro de Investigación Económica CENANTILLAS/PUCMM, donde laboró de 1977 a 1999. En el período 2001-2002 llevó a cabo varias consultorías para la realización de estudios de la UNCTAD y la OIT en Ginebra, Suiza.

Actualmente se desempeña como Consultor Económico del Departamento de Programación Monetaria e Investigación Económica del Banco Central.

Tercera mención de honor



La Fuente

Rafael Eduardo Cintrón Díaz

Hace tres días

He estado encerrado durante un buen tiempo, pero intuyo que casi es hora de salir. ¿Cómo lo sé? No sé, pero es una sensación para mí tan clara y presente como el hecho de que estoy aquí ahora. ¿Dónde estoy? Tampoco lo sé, pero he estado en el mismo lugar desde que tengo memoria. No recuerdo otro sitio, solo éste. Mi vida ha transcurrido en paz y silencio en este espacio cerrado, que conozco ya tan bien como la palma de mi mano. No es un lugar hostil, no me encuentro confinado en contra de mi voluntad. Siento que mi existencia se centra en el hecho de estar aquí. Aquí es donde debo estar.

Estoy solo, pero no lo siento así. No podría explicarlo, pero sé que hay algo más compartiendo mi existencia. Algo que no veo, pero percibo alrededor de mí. Quizás ese algo es lo que me impulsa, lo que me hace avanzar hacia aquello que no conozco. A veces siento murmullos, voces que hablan en la oscuridad. ¿Me hablarán a mí? No alcanzo a distinguir de donde provienen estos sonidos, es como si emanaran de todas partes al mismo tiempo. Me envuelven, me adormecen, me llenan de algo que no podría describir. Me hacen sonreír por dentro. Esa es una buena explicación.

Únicamente tengo una preocupación: la ruta a recorrer. Presiento que mi tiempo aquí pronto llegará a su fin, y que debo seguir el camino a otro lugar. Pero es que no sé cuál es mi destino, y no sé cómo llegar a él. Hay muchas cosas que ignoro, pero sólo una me inquieta. ¿Qué viene después? Si mi existencia hasta ahora ha sido tan placentera, ¿por qué cambiar? ¿Por qué siento que esta marcha hacia lo desconocido es lo que debo hacer? ¿Qué me impulsa a recorrer esta ruta que no conozco? Son muchas preguntas sin respuestas, y por algún motivo sospecho que no debo conocer las respuestas, que las cosas marchan como deben marchar.

Estoy ansioso. Pronto mi destino me encontrará, o yo lo encontraré a él. ¿Cambiará mi vida? Creo que sí. Creo que todo esto es el preámbulo de algo

diferente, no mejor, pero distinto, muy distinto a lo que estoy acostumbrado. O quizás sea lo mismo. No me molestaría mucho que fuera lo mismo, pues me siento muy a gusto aquí. Nada me hace falta. A pesar de todo, sé que no permaneceré aquí para siempre.

Hoy

Hoy es el gran día. Nadie me lo dijo. Como todo en mi vida hasta ahora, lo sé por instinto. Me desperté, e inmediatamente lo supe. Hoy inicia la travesía. ¿Qué me depara este nuevo camino? Pronto lo sabré.

Una fuerza invisible, primordial, me arrastra. Siento la necesidad de llegar hacia donde voy, de iniciar el recorrido. Mi hábitat, usualmente apacible, se ha vuelto algo inhóspito, y estas paredes, que han compartido mi existir desde el primer día, se hacen cada vez más estrechas.

Delante de mí veo el camino. Antes no estaba allí, o eso creo; no estoy seguro, pero eso ya no importa. Algo que está más allá de mi entendimiento me compele a seguir la senda hacia aquel lugar que me espera, que me ha estado esperando, y que no puede esperar más. Allá voy.

De nuevo oigo voces, pero esta vez las percibo más cercanas. Mis presentimientos eran correctos:

no estoy solo. Al parecer no soy el único en el mundo; quizás haya otros como yo al final del camino, o a la mitad. ¿Cómo serán? ¿Vivirán al igual que yo en un rincón plácido e imperturbable, llevando una existencia placentera?

Avanzo. Mi entorno ya no es tan familiar como antes. Las paredes se han convertido en un arduo pasadizo y mi estancia se vuelve cada vez más difícil. ¿Será este el fin? Es una posibilidad que no había contemplado. Ya no me encuentro tan seguro de nada. Un torrente de emociones me embarga. ¿Qué sucede?

Una fuerza desconocida hala de mí, me arrastra, me eleva. El entorno ha cambiado drásticamente. Siento algo en mis ojos, una sensación nueva. La oscuridad, mi compañera de siempre, ha desaparecido, y ahora veo sombras que se mueven. Abrir los ojos me molesta, pero me voy acostumbrando poco a poco. Abro la boca, y algo se desliza subrepticamente por mi garganta llegando a mis pulmones; inmediatamente después un chillido estridente sale por la misma vía, en sentido contrario. Me siento vivo.

Reconozco una voz familiar en medio de la cacofonía imperante en este gran salón, e instintivamente mi corazón se ilumina, y aquella sensación de bienestar interno me envuelve y me vuelve a llenar de paz. Ahora me encuentro descansando sobre la fuente de



La fuente

la voz. Me siento a gusto de nuevo, y no puedo evitar pensar que mi destino está atado inexorablemente al de ella. Es un lindo pensamiento. Me hace sonreír por dentro.





Rafael Eduardo Cintrón Díaz

Nace el 3 de octubre de 1969 en Santo Domingo R. D., hijo de Altagracia Díaz, doctora en Farmacia, y Miguel Cintrón, contralmirante de la Marina de Guerra. Ingresó a la Universidad Católica Madre y Maestra en 1987, donde recibió el título de Ingeniero de Sistemas y Computación en el 1992.

En 1994 ingresa como empleado del Banco Central de la República Dominicana, donde labora hasta la fecha; en 1997 inicia sus estudios de maestría en Administración de Empresas en la Pontificia Universidad Católica Madre y Maestra, recibiendo el título de Magíster en el 1999.

Se desempeña actualmente como coordinador técnico en el área de Aseguramiento de la Calidad, en el Departamento de Sistemas y Tecnología del Banco Central de la República Dominicana. Su esposa es la Sra. Celeste Vásquez, y sus hijos Isabel y Miguel Cintrón.

Cuarta mención de honor



La voz sin rostro

Fausto Rodríguez Gómez

Aun lo recuerdo, como si ocurriese en este instante, de pensarlo se me engrifan los pelos.

Estaba mi papá fumando, cuando llegó el telegrama.

—Dice el Jefe que lo quiere ver mañana temprano.

Eso bastó para que el viejo dejara su vieja silla de guano, apagara su tabaco, y comenzara a juntar las cosas que usaba para preparar las pinturas.

Sí, era pintor, de los de aquellos tiempos, que con mucha paciencia, y algo más de ingenio mezclaba y al final conseguía el color exacto que le habían solicitado.

Recuerdo que en muchas ocasiones le tocó pintar el Palacio Nacional.

Fausto Rodríguez Gómez

Ese día, mirando como arreglaba todos esos materiales y arreglaba su sombrero, pregunté:

—Pa, ¿a dónde va?

Y sólo respondió:

—Un trabajo.

Algo me inquietó, sé que me puse muy nervioso y sentí un alboroto en mi barriga, y le dije:

—¿Puedo ir con usted?

A lo que mi viejo respondió.

—Bueno, camina; te arreglas que salimos temprano.

¡Cuánto caminar! Recuerdo me dolían los pies y me apretaba un zapato; la carga que llevábamos para mí era mucha, tantos potes, cajas y fundas con polvos, esos que usaba él para preparar las pinturas.

Todo el camino iba fumando, cuando casi llegamos me dijo:

—Si el Jefe pasa por donde nosotros no lo mires a la cara que no le gusta.

Yo no entendía eso, pero en el tono que me lo dijo lo recordaré toda mi vida.

Llegamos al Palacio Nacional y me dijo que esperara afuera, que saldría pronto, y así fue, no duró cinco minutos y salió diciéndome:

—Vamos, que tenemos mucho trabajo y al Jefe no se le hace esperar.

Regresamos a la casa y se metió en un cuarto que tenía la casa atrás, donde se ponía a sacar los colores que le pedían.

Le tomó varios días concluir ese trabajo; yo siempre le pedía me dejara acompañarlo pero pocas veces me lo permitía.

Como siempre le pregunté esa noche:

—Pa, ¿puedo ir con usted mañana?

Guardó silencio por un rato, no imagino lo que estaría pensando. Hasta que respondió.

—Bueno, prepárese y acuéstese, que salimos temprano.

Salimos muy de mañana, el gallo en el patio comenzaba a cantar; prendió su tabaquito y comenzamos a caminar, Bueno, recuerdo que yo casi daba saltos de lo contento que me ponía cuando me dejaba acompañarlo, hasta el momento en que casi llegábamos y él me repetía.

—¿Te acuerdas lo que te dije Jorge?

—¿Qué papá? —respondí atento.

—Si el Jefe pasa por donde nosotros no lo mires a la cara.

— Sí papá, —respondí.

Comenzamos la labor encomendada, papá pintando, preparando colores y yo limpiando cualquier gota de pintura que estuviera fuera de lugar.

Los guardias pasaban, miraban y asombrados decían:

—Con razón el Jefe confía en usted, es que usted es un maestro.

Yo casi me sonrojaba y enorgullecía al escucharlos, pero papá ni se inmutaba, hasta aquel día.

Estábamos en el último pasillo, agachados los dos, papá terminaba el trabajo y yo seguía limpiando la pintura derramada por poca que fuera, cuando escuché sus pasos. Sin duda era él, escuché sus botas, el cascabeleo de las espuelas.

En aquel pasillo tan largo, cada vez se acercaba más, mi corazón, creo, dejó de latir, se secó mi garganta, pero el viejo continuó pintando. Recuerdo me temblaba todo.

Nunca sentí calor y frío como ese día, al fin se pararon las pisadas y en mi cabeza resonaba la voz de mi viejo.

—No lo mires a la cara.

Otra vez me entraron los nervios y aquel alboroto en la barriga, escuché que le dijo a mi viejo:

—Enrique, ¡que buen trabajo! Cuando acabe pase por allá.

El viejo le dio las gracias; yo quise en ese momento levantar la mirada, pero sólo pude ver sus botas. Continuó caminando y desapareció en el pasillo, mi viejo siguió pintando.

Fausto Rodríguez Gómez

Nace el 31 de marzo de 1974 en Santo Domingo R. D., hijo de Ramona Altagracia Gómez García, y Fausto Franklin Rodríguez Padilla.

Cursa sus estudios primarios en el Colegio Adventista Ramón Matías Mella y Secundarios en el Liceo Experimental de la O&M, ente 1990 y 1993, graduándose como bachiller en Ciencias y Letras. (Con honores) lo que le acredita para una beca e ingresa a la Universidad Dominicana O&M 1993, recibiendo el título de Ingeniero de Sistemas y Computación en el 1998, graduado con honores.

En el 2005 ingresa como empleado del Banco Central de la República Dominicana, donde labora hasta la fecha. En el 2006 realiza un postgrado en Auditoria de Sistemas Computarizados en la Universidad Dominicana O&M. Dos años después inicia sus estudios de maestría en Ingeniería de Sistemas mención Sistemas Gerenciales, la cual está en curso de tesis.

Se desempeña actualmente como ingeniero de pruebas de software, en el área de Aseguramiento de la Calidad, en el Departamento de Sistemas y Tecnología. Su esposa es la Sra. Yolanda Isabel Torres Rincón y sus hijos Fausto Emmanuel, Albania Michelle y Leidy Winivier Rodríguez Torres.



Quinta mención de honor



Que no queden huellas

Teresa Calderón Cabral

En ese entonces yo llevaba apenas tres meses trabajando para la presidencia de la empresa donde permanecí por 25 años. Algunas de las personas que iba conociendo en aquel lugar se convertían, de forma casi inadvertida para mí, en objetos de observación. Los jefes eran muy singulares. Mis compañeros y yo los calificábamos como «personajes». En especial, recuerdo con mucho cariño a uno que a las 9:00 de la mañana recogía los periódicos y se iba con ellos al baño.

En una de las tantas jornadas de trabajo que allí viví, me encontraba saludando a un compañero en uno de los pasillos de la oficina, justo frente a la puerta del cuarto de baño de caballeros. De repente,

se presentó en el lugar un empleado de mantenimiento, quien colocó un calzo al pie de la puerta de dicho recinto. Tan pronto se abrió la puerta, mis ojos recorrieron de manera automática los espacios internos. Vi ropa de caballero colgando por doquier...

El amigo a quien saludaba percibió mi asombro. Con amabilidad, tocó mi hombro para indicar que nos moviéramos hacia un lugar más discreto. Al comprobar que estábamos solos, murmuró en voz baja:

—Todos los días hace lo mismo. Se quita toda la ropa y se sienta en el inodoro, a puerta cerrada, a leer sus periódicos.

Con el paso de los años, este señor y yo llegamos a ser grandes amigos. Un día me atreví a preguntarle el porqué de su particular costumbre de quitarse toda la ropa cuando iba al baño. Se rió a carcajadas y me dijo:

—Para alcanzar la liberación hay que soltar toda atadura.

—Sabias palabras, doctor Pierrés, —le respondí.
¡Qué personaje!

En verdad, en aquella época el doctor Pierrés acaparaba mi atención. Era un hombre alto, bien parecido, de contextura fuerte, de aspecto sombrío, de poco hablar. Creo que tendría cerca de los sesenta años. Era un señor mayor, serio, inteligente.

Recuerdo con simpatía que los días de lluvia solía llegar con bufanda gruesa, sombrero de fieltro, chaqueta de lana a cuadros y un intenso olor a mentol.

Su lugar de estacionamiento estaba en un parqueo techado, exclusivo para los ejecutivos de la empresa. A pocos metros, tomaba un ascensor privado que lo transportaba casi hasta a la puerta de su despacho. Nada ni nadie le impedía, sin embargo, que si estaba lloviendo, recorriera su corto y techado trayecto llevando a manos su paraguas. Importante accesorio de su vistoso atuendo para aguaceros. Parecía un *lord* inglés.

Mi escritorio estaba ubicado muy cerca de su oficina. Desde allí podía observar con claridad cada vez que mi personaje entraba o salía. Tenía la peculiar costumbre de tocar su propia puerta antes de entrar. Sin lugar a dudas, era un señor muy singular.

Un día me llamó por teléfono y me dijo que quería que me quedara unas horas extras para que tomara unos apuntes a fin de redactar un documento muy importante para la asamblea extraordinaria que tendría lugar al día siguiente.

Me explicó que se trataba de un tema confidencial, por lo que teníamos que esperar que todo el personal de marchara. La intriga me revolvió el estómago. Precisamente esa tarde tenía un examen de Administración en la universidad. Sabía que la inasistencia me acarrearía graves problemas. No

había opciones. «Ni modo, pensé. No tengo escapatoria».

Al caer la tarde, el doctor Carlos Pierrés asomó la cabeza por la puerta de su despacho, me miró a los ojos, levantó el antebrazo a la altura de su rostro y con el puño casi cerrado flexionaba el dedo índice una y otra vez haciendo el gesto universal de «ven».

Fui preparada para tomar las notas e instrucciones que don Carlos me daría. Me senté frente a él. Asumí una actitud de atención. El doctor Pierrés, luego de inclinarse reverente, a modo de cordial saludo, se sentó y giró su sillón en un ángulo de 90° hacia el ventanal, a la vez que recostaba su cabeza sobre el respaldo del asiento.

Se produjo un largo silencio. Su mirada parecía perdida en el infinito. Se quitó los zapatos. Estiró los pies sobre la alfombra. Colocó el codo derecho sobre el brazo de su sillón y comenzó a acariciarse la barbilla.

Los minutos pasaban dejando en mi la sensación de que me encontraba en medio de una procesión de Semana Santa.

Desde mi palco de honor, contemplaba cómo el doctor iba abriendo cada vez más sus ojos desbordados. Respiraba profundo, lento, sonoro, a medida que dibujaba círculos en el aire con la mano izquierda. Se incorporaba, se recostaba... respiraba de nuevo;

fruncía el ceño... y mientras todo esto sucedía, su mirada se mantenía fija en la nada.

En varias ocasiones fingí que limpiaba mi garganta, tosía... hasta le pedí permiso para ir al baño. Ninguno de mis artilugios dio resultado. No se inmutó.

La noche llegó. Junto a ella regresó de su mutismo el doctor Pierrés. Calzó sus zapatos, giró el sillón, me miró con cara de satisfacción y me pidió que leyera lo que había escrito.

De primera intención, no entendí lo que había escuchado. Me quedé mirándolo, algo desconcertada. Con gesto de impaciencia y con un tono de voz de varias octavas más altas que lo habitual me dijo:

—Lee, lee.

No me gustaba para nada lo que estaba sucediendo. Sobrecogida, con timidez le dije:

—Pero doctor, usted no me ha dictado nada.

—¿Qué dices, muchachita? —me espetó descompuerto.

Acto seguido le respondí:

—Que usted no me ha dictado nada.

Visiblemente molesto se resistía a entender lo que le estaba diciendo. Insistía en que leyera lo que fuera, que no importaba lo mal que estuviera, pero que leyera algo.

Cuando por fin logré explicarle con lujo de detalles lo que sucedía, me miró con unos ojos de orate. Dibujó media sonrisa. Con rápido movimiento

Teresa Calderón Cabral

dirigió su vista de un lado para otro. Se acercó a mí lo más que pudo, por encima de su escritorio y me dijo casi en secreto:

—¡Ay carajo! Arranca esa página para que no queden huellas.



Teresa Calderón Cabral

Motivada por los acontecimientos históricos y políticos de mi país, me inscribí en la carrera de Ciencias Políticas en la Universidad Pro-Deo, en Roma, Italia. Allí aprendí muchas cosas. Entre ellas, que nunca sería política.

Regresé a mi país donde comencé una nueva carrera. Entré en INTEC donde estudié Administración de Empresas.

Me casé con un buen hombre y de ese matrimonio tuve dos hijas, Patricia y Laura. Me han regalado dos nietos y otro que viene en camino. A todos/as los/as amo profundamente.

Doy gracias a Dios por todos mis tesoros, sobre todo, por «saberlo» en mí, llenando mi mundo de serenidad, de paz interior.



Sexta mención de honor



Como almas en pena

Nércido Melanio Vargas

Una vez te sugerí que no enviaras el muchacho a Estados Unidos porque podría pervertirse y caer en los malditos vicios de las drogas. Yo estaba en desacuerdo con ese asunto del viaje porque nuestro hijo vivía la etapa más difícil de su vida.

Tú bien sabes que en la adolescencia es donde surgen ideas raras y comportamientos extraños en los jóvenes. Las emociones se desbordan y aparentan ser hombres antes de tiempo. Reconozco que ni tú ni yo pusimos el empeño que requería custodiar a nuestro hijo en ese entonces. ¿A caso no fue así?

Recuerdo cuando él tenía los dieciséis años, fuimos testigos de los primeros episodios de rebeldía; fue la época en que abandonó los estudios porque se le metió en la cabeza que quería vivir en Nueva

York con su tío Felito. Sabes bien que constantemente te hice la advertencia que el ambiente neoyorkino podría incidir negativamente en su conducta, pero lo mandaste de todas maneras. No tan solo me desoíste, sino que meses antes falsificaste mi firma para conseguirle los papeles del visado y le compraste el pasaje aéreo. No me mires con esa cara de desconcierto. Tú sabes mejor que yo que fue así.

Tú has vivido temporadas en Estados Unidos, sabes que *Nueva York nunca duerme*, es una ciudad adecuada para el desatino. Nuestro hijo apenas era un adolescente, lo bastante precoz para ver un mundo tan abierto. Como tú sabrás, esa ciudad no es para gente de mente débil, menos para un adolescente sin la tutela de los padres.

¿Creíste que mi hermano Felo estuvo de acuerdo con tu decisión? Te dijo que lo acogería sólo para complacerte. ¿A caso nunca te dijo la verdad? Porque semanas después de tu conversación, él me llamó por teléfono para oír mi opinión. Me sugirió que nosotros no debíamos mandar a nuestro hijo a vivir a Nueva York. No te sorprenda. Él temía decírtelo porque tú podías malinterpretar la situación.

Es verdad, rememorararte eso ahora aquí en este camposanto poblado de cruces blancas, me parece inoportuno, pero siento que me desahogo.

¿Por qué no quieres que te siga contando? Pues hay algo más que debes saber... A los dos meses de

Luisito vivir en Nueva York, mi hermano lo echó de la casa, porque se negaba a cooperar con los quehaceres domésticos. Tú sabes que allí la vida es difícil y la gente tiene que ganarse lo que le dan, a diferencias de aquí. Fue indignante saber lo que él hacía a espaldas de su tío. No, yo no te estoy mintiendo, te hablo la pura verdad, tal como me la contara mi hermano.

Se te olvidó que fue en esa misma época que Luisito se mudó a un apartamento y lo compartía con unos «supuestos amigos». Nunca estuve de acuerdo. Pero tú decías que ya él era grandecito como para granjearse la vida por sí solo. Tú sabías, mejor que yo, que él quería volar antes de tiempo. Desde pequeño le infundiste pensamientos de riqueza, como si nosotros fuésemos personas adineradas. Te vanagloriabas siempre de que le darías todo lo que él necesitara. ¿Se te olvidó que éramos personas humildes? En serio, ¿no te acuerdas?

Además, tú sabes que esa libertad que le dimos la transformó en un libertinaje; estimuló a nuestro hijo a participar en pandillas juveniles que se dedicaban a robar automóviles. ¿Que deje decir sandeces? ¿Es que no llegaste a percibir las inquietudes del chico? Yo sí. Él siempre me decía que iba a ser un hombre rico, que no iba a vivir en la miseria como vivíamos nosotros. Delante de ti también él lo refería. ¿Tú viste lo malcriado que se puso? Así que ahora no vengas a sulfurarte.

¿Te atreves a regañarme de que yo no lo corregía? ¿Tú has perdido la razón, mujer? Recuerdo aquella tarde en la que te señalé que estabas malcriando al niño. Un día se cagó y regó la mierda por las paredes de la habitación y le pegué unos correazos que le tatuaron las piernas. Cuando regresaste del trabajo y notaste los moretones en las piernas, me reprochaste que jamás volviera a pegarle así; ni siquiera te inmutaste en preguntarme por qué le pegué. Sí... Reconozco que ese día me excedí y fui rudo con el niño, en eso tú tienes razón. La verdad es que no poseo el don de la paciencia como tú. Sabes que soy un hombre de manos duras, moldeé ese temperamento en los años que tuve en el ejército.

¿Por qué tú dices que él me temía? No confundas el respeto con el temor. Él me respetaba como padre quizás más que a ti. Siempre me guardó respeto, aunque intuyo que cuando fue creciendo casi no quería compartir conmigo, porque tú, en cambio, le consentías en exceso. Por eso y otras razones resolví dejarte la crianza a ti, aunque sabía que tú no tenías la más puta idea de cómo criar a un chiquillo de su temperamento. ¿Qué por qué hago esto? ¡Ah!, ahora ansías que me calle.

Tú bien recuerdas que asumiste la crianza para demostrarme que podías instruirlo sin la presencia paterna. Hubo momentos que sentiste tantos disgustos que rompiste la comunicación conmigo sin

importar lo que sucediera sobre el futuro de nuestro hijo. Una vez hasta llegaste a prohibirme que lo visitara, eso me lastimó hondamente. Pienso que nadie, absolutamente nadie, puede prohibirle a un padre ver a su hijo, por muy desgraciado que éste sea. No puedes imaginarte lo que sentí en ese momento. Aquello me dolió tanto que en los primeros meses se me secaron las lágrimas de llorar.

En cierta ocasión comenté lo sucedido a nuestros familiares; ellos me dieron la razón. Me contaron que tú conducías a ese muchacho por mal camino. No te enojas, te digo la verdad.

Sé que este momento es inadecuado para sermones... No sé por qué digo estas cosas aquí en el cementerio, pero a mí me sirven para descargarme. En este primer aniversario lo sigo extrañando como el primer día, vivo con sus recuerdos y a veces hasta oigo su voz. Quería que mi primer hijo fuera ingeniero. Ese era mi sueño. Ese sueño quedó segado, se fue a la mierda. Hoy me siento un hombre fracasado, cargado de frustraciones.

Te ruego perdones mi exabrupto, que interrumpa tus plegarias con estas tonterías frente a su tumba, pero tenía deseo de conversar contigo porque procuro mantener mi conciencia tranquila por lo acaecido.

Pues, la verdad es que hoy, un año después de la trágica partida de nuestro único hijo, inesperada-



Nércido Melanio Vargas

mente nos encontramos frente a la tumba trayéndole flores e invocando plegarias por el descanso de su alma. Ahora, por infortunio de la vida, tú y yo somos dos seres abatidos por la nostalgia, sin ningún vínculo existente que nos una.



Nércido Melanio Vargas

Nació a media mañana un 18 de diciembre de 1963, en la provincia de Sánchez Ramírez, precisamente en un pedacito de tierra de un verdor esplendoroso: «Bacumí», ubicado en medio de los ríos Camú y Yuna, donde se cultivan el arroz y el plátano.

Es el menor de una familia de cinco hermanos. Emigró a la capital a los once años, después del fallecimiento de su madre, Juana Vargas, en el 1976. En el año 1987 logra graduarse de licenciado en Comunicación Social en la Universidad Central del Este (UCE). Ha realizado cursos especializados en Tecnología de la Información en el ITLA. Ingresó al Banco Central en el 1981 y actualmente labora en el Departamento de Sistemas y Tecnología.





Pintura



Obras premiadas 2009 • 127





Mayra Alt. Arvelo Hoepelman

Nació en Santo Domingo, República Dominicana, el 13 de marzo de 1949. Trabajó en el Banco Central desde el año 1977, en el Departamento de Sistemas y Tecnología, llegando a ser encargada de la unidad de Digitación. Desde el año 2000, después de 23 años de labor en la institución, fue pensionada. Actualmente es miembro del coro del Banco, al cual pertenece desde sus inicios.

Desde el año 2001 participa en el Programa de Bienestar Social de Jubilaciones y Pensiones, donde ha aprendido tres de las técnicas más importantes en pintura: acuarela, acrílica y óleo, siendo sus profesores Miriam Miniño, Germán Ricardo y Jorge Checo. Ha obtenido el primer premio en el concurso de los talleres ocupacionales, así como menciones de honor, en el año 2001; también obtuvo el tercer premio en el Concurso de Arte y Literatura del año 2005.

Primer premio



Masa de pan

Mayra Alt. Arvelo Hoepelman

Obras premiadas 2009 • 129



Segundo premio



Yolero

Ariadna Adames Rojas



Geraldo Amable Pimentel Ramírez

Nació en el municipio de El Cercado, San Juan de la Maguana, en el año 1966. Cursó sus primeros estudios en el liceo Luis Guarionex Landestoy, en su lugar de origen. En 1984 se trasladó a Santo Domingo e ingresó en la Universidad APEC, donde obtuvo el título de Ingeniero de Sistemas de Información en 1989. En 1992 ingresó al Banco Central de la República Dominicana en el área de informática del Departamento de Administración de Recursos Especializados.

Actualmente labora en la División de Administración de Bases de Datos del Departamento de Sistemas y Tecnología. En el año 2004 ingresó a la Universidad O & M donde obtuvo los títulos en Especialización del Software y Master en Ingeniería de Sistemas en el 2006. En 1996 ingresó a la escuela de arte Germán Ricardo, donde dio sus primeros pasos en la pintura.

Tercer premio



Paja, tierra y cal
Geraldo A. Pimentel Ramírez



Ana Celina Fondeur Cernuda

Es licenciada en Derecho. Se inició en el servicio público en la Secretaría de Estado de Relaciones Exteriores, como Auxiliar de Asuntos Generales, al tiempo que cursaba estudios de Secretariado Ejecutivo en el Instituto Dominicano Gregg. Conocedora de aspectos administrativos, normativos y de procedimientos, se involucró en la parcela protocolar y luego en el servicio exterior, donde le esperaban nuevas experiencias. Al regresar a Santo Domingo fue subdirectora de la Dirección General de Pasaportes. Se integró al Banco Central en 1985, donde ha ocupado diferentes cargos, hasta el de directora del Departamento Cultural, puesto que ostentaba cuando fue jubilada en 1995.

Primera mención de honor



Naranjas en flor
Ana Celina Fondeur Cernuda

Cándida Laureano

Nació en la ciudad de Moca en el año 1950. Realizó sus estudios en la Universidad Nacional Pedro Henríquez Ureña, donde obtuvo el título de Licenciada en Contabilidad. Comenzó a laborar en el Departamento de Contabilidad del Banco Central de la República Dominicana en 1986.

Su desarrollo por las artes se inició al ser pensionada en el año 1998, ya que pudo disponer de tiempo para participar en los cursos y talleres auspiciados por el Plan Cultural del Fondo de Jubilaciones y Pensiones del Banco Central e impartidos por los profesores Miriam Meriño, Jorge Checo, Germán Ricardo y Nancy Familia, entre otros.

Hasta el momento, ha participado en distintos eventos, entre los que se cuentan la Colectiva Club del Banco Central (2001-2004), la Primera Colectiva de Jubilados y Pensionados del Banco Central (2005), el Concurso de Arte y Literatura del Banco Central (2006) donde obtuvo el primer y tercer lugar en la categoría de Pintura. Actualmente continúa sus estudios con los profesores mencionados en la Casa del Jubilado.

Segunda mención de honor



Fresa, mora y cramberry

Cándida Laureano



Tercera mención de honor



Las escobas

Maïra Alt. Arvelo Hoepelman





Dibujo



Obras premiadas 2009 • 141





Primer premio



Los trastos de la abuela

Geraldo A. Pimentel Ramírez



Meiby Yahaira Ng Rijo

Nació en Santo Domingo República Dominicana. Desde muy joven mostró inquietud por la pintura, iniciándose como autodidacta e incursionando posteriormente en la cerámica.

Licenciada en Psicología Industrial de profesión, egresada de la Universidad Autónoma de Santo Domingo (UASD), con una maestría en Administración de Empresas, de la Pontificia Universidad Católica Madre y Maestra (PUCMM). Actualmente recibe clases de Dibujo y Pintura en la Academia de pintura Mayra Ubiera.

Ha realizado cursos en las mencionadas técnicas de arte y además tiene nociones de realización de cuadros en tercera dimensión.

Ganadora en el año 2009, del 2^{do}. lugar en el Concurso de Arte y Literatura del Banco Central, en su categoría de Dibujo.

Segundo premio



Las piezas de lápiz

Meiby Yahaira Ng Rijo



Tercer premio



Bodegón
Ariadna Adames Rojas





Fotografía

Obras premiadas 2009 • 149





Primer premio



Reggazon
Sabrina Hernández Batlle



Luis Francisco M. Guerrero Álvarez

Nació en La Vega, República Dominicana, el 21 de Junio de 1964. Está casado con la señora Wendy E. Bello Marcano, junto con la cual han procreado dos hijos, Luis y Wendy Francina.

Graduado en Licenciatura en Derecho en la Universidad Tecnológica de Santiago. Ha realizado estudios sobre Educación Superior (UCDEP), Arbitraje Internacional y Resolución de Conflictos (PUCMM), así como sobre Procedimiento sobre Aplicación del Nuevo Código Procesal Penal (PUCMM/USAID).

Comienza a laborar en esta Institución, el 8 de febrero de 1983, como encuestador, en el Departamento de Estudios Económicos, En la actualidad labora en el Departamento Internacional. En el presente, imparte docencia en la Universidad Central de Estudios Profesionales desde el año 2000.

Segundo premio



Misterio

Luis Francisco M. Guerrero Álvarez



Tercer premio



Reflejo

Teresa Calderón Cabral



Amelia Ortiz

Nació en la ciudad de Santo Domingo, capital de República Dominicana, en el año 1976. Ingresó al Luis Muñoz Rivera en el 1996, donde hizo un Secretariado Ejecutivo Bilingüe; dos años después ingresó a la Pontificia Universidad Católica Madre y Maestra donde estudió Administración de Empresas. Es madre de Isabella Ortiz.

Ingresó al Departamento Administrativo del Banco Central en el 2004. Actualmente labora en el Departamento de Sistemas y Tecnologías en la coordinación interna con los usuarios del Banco Central que participan en determinado proyecto y que utilizan el Sistema Bancario en Línea y con las instituciones financieras del sector público y privado, control, monitoreo y transferencia de las remisiones de informaciones (SBL) a la base de datos del Banco Central, entrena a los usuarios, operadores y personal del soporte y es Security Officer de SWIFT (SSO).

Participó por primera vez en el Concurso de Arte y Literatura en el 2007, obteniendo una mención de honor en la categoría de Fotografía.

Primera mención de honor



Sosiego

Amelia Ortiz

Sergio Sánchez

Sergio Salvador Sánchez Díaz: Nació en Santo Domingo un 14 de febrero del 1977. Durante su juventud se inclinó por desarmar y armar todo tipo de dispositivos, en estos se incluyen cualquier carro a control remoto que llegara a sus manos, hasta el equipo de música cuando sus padres no estaban en la casa. Cuando estaba estudiando en el bachillerato, debido a su pasión por los juegos electrónicos y de vídeo, decidió estudiar informática y ahí emprende su deseo de conocer todo sobre esta ciencia de computacional. En su juventud aparte de la informática, también se inclinó por la música debido a que sus padres son músicos; esta actividad aún la mantiene como parte de su vida cotidiana.

En el 1998 ingresa como empleado del Banco Central en el Departamento de Cuentas Nacionales. En el 2002 concluye sus estudios universitarios obteniendo el título de Ing. de Sistemas de Computación en la Universidad Apec. Luego el 2003 inicia de nuevo sus estudios en INTEC recibiendo el posgrado de Tecnología de Información. En el año 2007 decide incursionar en la docencia como profesor de lenguajes de programación informática. Después en el 2007 se inscribe en una maestría con la universidad Stevens en conjunto con el ITLA y se titula como Master in Information Science en el 2009.

Actualmente trabaja en el departamento de Sistemas y Tecnología y desempeña el cargo de Técnico Asesor. Está casado con Gisselle González y junto a esta tiene una niña llamada Annabella.

Segunda mención de honor



Inocencia
Sergio Sánchez



Sheyla C. Hernández Concepción

Nació en la ciudad de La Vega, donde cursó sus estudios primarios y secundarios. Luego se trasladó a Santo Domingo, donde realizó sus estudios universitarios. Actualmente es pensionada del Banco Central, donde laboró por espacio de 12 años en el Departamento Internacional.

Su inclinación por las artes comenzó desde su niñez. Es por eso que ha tomado cursos de pintura y fotografía, tanto en su ciudad natal como otros impartidos por el Programa de Bienestar Social del Fondo de Pensiones y Jubilaciones del personal del Banco Central.

Ha participado en colectivas y concursos tanto de pintura como de fotografía, ganando premios y menciones de honor: Concurso de Arte y Literatura Bancentral 1996 y 2005 (Mención de honor en pintura, 2^{do} y 3^{er} premio en fotografía, respectivamente).

Tercera mención de honor



Bella entre las bellas
Sheyla C. Hernández Concepción



Saskia Hendrickje Astwood de Peña

Nació en Santo Domingo, República Dominicana, el 21 de diciembre de 1978. Es licenciada en Mercadotecnia, egresada de la Universidad Católica de Santo Domingo (UCSD). Bilingüe, labora en el Departamento Internacional del Banco Central desde el año 2004.

Aficionada, entre otras cosas, al lente, siempre ha mostrado particular interés por capturar acontecimientos familiares y sociales con una historia que contar.

Cuarta mención de honor



Definitivamente...
no con los pies sobre la tierra
Saskia Hendrickje Astwood de Peña





Miembros del Jurado del Concurso de Arte y Literatura

Año 1995

Lic. José Alcántara Almánzar
Lic. Laura Gil
Lic. Alberto Bass
Lic. Sócrates Olivo

Año 1996

Lic. José Alcántara Almánzar
Lic. Laura Gil
Lic. Alberto Bass
Prof. Aída Bonelly de Díaz
Lic. José del Castillo
Lic. Miguel Reyes Sánchez

Año 1997

Lic. José Alcántara Almánzar
Lic. Laura Gil
Lic. Alberto Bass
Prof. Aída Bonelly de Díaz
Lic. José del Casillo
Lic. Miguel Reyes Sánchez

Historia de los jurados del Concurso de Arte y Literatura

Año 1998

Lic. José Alcántara Almánzar
Lic. Alberto Bass
Prof. Aída Bonnelly de Díaz
Lic. José del Castillo
Lic. Miguel Reyes Sánchez
Lic. Marianne de Tolentino

Año 1999

Lic. José Alcántara Almánzar
Lic. Alberto Bass
Prof. Aída Bonnelly de Díaz
Lic. José del Castillo
Lic. Miguel Reyes Sánchez
Lic. Marianne de Tolentino

Año 2000

Lic. José Alcántara Almánzar
Lic. Alberto Bass
Prof. Aída Bonnelly de Díaz
Lic. José del Castillo
Lic. Miguel Reyes Sánchez
Lic. Marianne de Tolentino

Año 2001

Lic. José Alcántara Almánzar
Lic. Alberto Bass
Prof. Aída Bonnelly de Díaz
Lic. José del Casillo
Lic. Miguel Reyes Sánchez
Lic. Marianne de Tolentino

Historia de los jurados del Concurso de Arte y Literatura

Año 2002

Lic. José Alcántara Almánzar
Lic. Alberto Bass
Prof. Aída Bonnelly de Díaz
Lic. José del Castillo
Lic. Miguel Reyes Sánchez
Lic. Marianne de Tolentino

Año 2005

Lic. José Alcántara Almánzar
Lic. Alberto Bass
Prof. Aída Bonnelly de Díaz
Lic. Marianne de Tolentino
Ing. Henry Almonte Diloné
Lic. Vladimir Velázquez Matos

Año 2006

Lic. José Alcántara Almánzar
Lic. Alberto Bass
Prof. Aída Bonnelly de Díaz
Lic. Marianne de Tolentino
Ing. Henry Almonte Diloné
Lic. Vladimir Velázquez Matos

Año 2007

Lic. José Alcántara Almánzar
Lic. Alberto Bass
Lic. Marianne de Tolentino
Ing. Henry Almonte Diloné
Lic. Vladimir Velázquez Matos
Lic. Ángela Hernández

Historia de los jurados del Concurso de Arte y Literatura

Año 2008

Lic. José Alcántara Almánzar
Lic. Alberto Bass
Lic. Marianne de Tolentino
Ing. Henry Almonte Diloné
Lic. Vladimir Velázquez Matos
Lic. Ángela Hernández

Año 2009

Lic. José Alcántara Almánzar
Lic. Alberto Bass
Lic. Marianne de Tolentino
Ing. Henry Almonte Diloné
Lic. Vladimir Velázquez Matos
Lic. Ángela Hernández

Colección del Banco Central de la República Dominicana

Serie Arte y Literatura

ALCÁNTARA ALMÁNzar, JOSÉ

Catálogo de la colección del Banco Central (en colaboración con Luis José Bourget)

La aventura interior (1^{ra.} ed. 1997, 2^{da.} ed. 2008)

Pedro Henríquez Ureña : antología mínima (prólogo, selección y apéndices)

ALMÁNzar R., ARMANDO

Arquímedes y el Jefe y otros cuentos de la Era (1^{ra.} ed. 1999, 1^{ra.} reimp. 2008)

Concerto grosso

Thanksgiving Day : (cuentos)

ÁLVAREZ, SOLEDAD

De primera intención (Ensayos y comentarios sobre literatura)

AMIAMA CASTRO, OCTAVIO

Xavier Amiama, pintor de la noche de Haití

AVILÉS BLONDA, MÁXIMO

Cuaderno de la infancia (1^{ra.} ed. 1998, 2^{da.} ed. 2007)

Colección del Banco Central de la República Dominicana

BANCO CENTRAL DE LA REPÚBLICA DOMINICANA.

DEPARTAMENTO CULTURAL

Dos coloquios sobre la obra de Juan Bosch (editor)
Los tesoros artísticos del Banco Central : (Catálogo)
Pinacoteca (1^{ra.} ed. 1999; 1^{ra.} reimp. 2001; 2^{da.} reimp.
2003; 2^{da.} ed. 2005; 3^{ra.} ed. 2009)

BEIRO ÁLVAREZ, LUIS

El criterio ejercido

BERROA, REI

Aproximaciones a la literatura dominicana,
1930-1980
Aproximaciones a la literatura dominicana,
1981-2008

BONNELLY DE DÍAZ, AÍDA

En torno a la música : guía para la apreciación musical

DELMONTE SONÉ, JOSÉ E.

Alquimias de la ciudad perdida

ESPAILLAT CABRAL, ARNALDO

La tumba vacía

FONT BERNARD, R.A.

Crónicas elementales

GARCÍA, JOSÉ ENRIQUE

La palabra en su asiento : análisis poético

GIMBERNARD, JACINTO

Narraciones de vuelta al mundo

HERNÁNDEZ CAAMAÑO, IDA

El amor todos los días

LEÓN DAVID

*Cálamo corriente : ensayos sobre cultura, literatura
y arte*

Colección del Banco Central de la República Dominicana

MACARRULLA, DULCE

Por los lugares del recuerdo

MARTÍNEZ, CRISTIAN

Tureiro, areyto de la tierra y el cielo, mitología taína

MILLER, JEANNETTE

*Fredy Miller : realidad y leyenda. Cuentos, poemas
y otros escritos (Editora)*

María Ugarte : textos literarios (Editora)

Textos sobre arte, literatura e identidad

MONTÁS, ONORIO, PEDRO JOSÉ BORRELL Y FRANK MOYA PONS

*Arte taíno (1^{ra}. ed. 1983, 1^{ra}. reimp. 1985, 2^{da}. reimp.
1999, 3^{ra}. reimp. 2003)*

MORÉ, GUSTAVO L. ET AL.

*Banco Central : sesenta años de historia, arquitec-
tura y arte = Central Bank : Sixty Years of History,
Architecture and Art*

MUNNIGH, FIDEL

Huellas del errante

NÚÑEZ, APOLINAR

Seis asedios a la literatura latinoamericana

PÉREZ DE CUELLO, CATANA

Sinfonía de ideas en 4 movimientos

PIANTINI MUNNIGH, LUIS MANUEL

Luz encarcelada

PIETRO, GIOVANNI DI

Quince estudios de novelística dominicana

PRIDA BUSTO, JUAN MANUEL

En la luz de la noche

REYES SÁNCHEZ, MIGUEL

*Sombreros para un viajero : antología de ensayos
sobre cultura y literatura*

Colección del Banco Central de la República Dominicana

- RODRÍGUEZ, NÉSTOR E.
Crítica para tiempos de poco fervor
- RODRÍGUEZ DEMORIZI, EMILIO
Cartas a Silveria
- RODRÍGUEZ FERNÁNDEZ, ARTURO
El sabor de las hormigas (cuentos)
- RUEDA, MANUEL
Imágenes del dominicano
Las metamorfosis de Makandal (1^{ra.} ed., 1998,
2^{da.} ed. 1999)
- STANLEY, AVELINO
La novela dominicana 1980-2009. [perfil de su desarrollo]
- TOIRAC, LUIS
La hiedra interior
- TOLENTINO, MARIANNE DE
Ángel Haché en escena
Mi primer museo
Otras miradas : obras de arte del Banco Central de
la República Dominicana
Pieza del mes 2007 (en colaboración con Vladimir
Velázquez Matos)
- VALDEZ, DIÓGENES
La noche de Jonsok
- VALDEZ ALBIZU, HÉCTOR
La cultura en el Banco Central
- VALLEJO DE PAREDES, MARGARITA Y ALEXANDRA PAREDES DE FERNÁNDEZ
Diccionario de refranes
- VELÁZQUEZ MATOS, VLADIMIR
Líneas alternas
- VILLANUEVA, RAFAEL
Ensayos sobre música

Colección del Banco Central de la República Dominicana

WINDT, JULIO DE

Testimonios de un director de orquesta.
(1^{ra.} ed., 2000, 2^{da.} ed. 2007)

ZIMMERMANN DEL CASTILLO, SILVIA

Manuel y la lluvia

Serie Bibliografía Económica

BANCO CENTRAL DE LA REPÚBLICA DOMINICANA.

DEPARTAMENTO CULTURAL

Bibliografía económica dominicana 1947-1987

Bibliografía económica dominicana 1978-1982

Bibliografía económica dominicana 1983-1986

Bibliografía económica dominicana 1988-1996

Bibliografía económica dominicana 1997-1998

Bibliografía económica dominicana 1999-2000

Bibliografía económica dominicana 2001-2002

Bibliografía económica dominicana 1947-2004
(CD-ROM)

Bibliografía económica dominicana 1947-2004

Bibliografía económica dominicana 2005-2006

Bibliografía económica dominicana 2007-2008

Serie Ciencias Sociales

ALEMÁN, JOSÉ LUIS

Una interpretación de la política monetaria y bancaria dominicana 1984-1999

BANCO CENTRAL DE LA REPÚBLICA DOMINICANA.

DEPARTAMENTO CULTURAL

La independencia nacional : su proceso

BRACHE BATISTA, ANSELMO

Constanza, Maimón y Estero Hondo : testimonios e investigación sobre los acontecimientos (3^{ra.} ed.)

Colección del Banco Central de la República Dominicana

- CABRAL DE POLADURA, ATALA
Museo de las Casas Reales
- CANAHUATE, MILDRED (EDITORA)
Presencia de la cultura precolombina en el arte caribeño contemporáneo (1^{ra.} ed. 1998, 1^{ra.} reimpresión 2009)
- CASTILLO, JOSÉ DEL
Agenda de fin de siglo : crónicas y ensayos
- DEIVE, CARLOS ESTEBAN
Los dominicanos vistos por extranjeros
Rebeldes y marginados : ensayos históricos
- FEDERACIÓN INTERNACIONAL DE SOCIEDADES CIENTÍFICAS (EDITORES)
Culturas aborígenes del Caribe
- GARCÍA DE BRENS, LILLIAM
Cultura indígena y educación natural
- GUILIANI CURY, HUGO
Pensamiento y acción de Hugo Guiliani Cury
- HERRERA CABRAL, FABIO
El presente de mi pasado
- LEBRÓN SAVIÑÓN, MARIANO
Cultura y patología
- LOZANO, WILFREDO
Los trabajadores del capitalismo exportador : mercado de trabajo, economía exportadora y sustitución de importaciones en la República Dominicana, 1950-1980
- PIANTINI MUNNIGH, LUIS MANUEL
Apuntes de economía y política
- PICHARDO MUÑIZ, ARLETTE
12 ensayos de futuro sobre economía y sociedad
- POLANCO BRITO, HUGO EDUARDO
Exvotos y «Milagros» del Santuario de Higüey

Colección del Banco Central de la República Dominicana

PRAZMOWSKI, PETER A., JOSÉ R. SÁNCHEZ-FUNG, AMELIA U. SANTOS
PAULINO (EDITORES)

Ensayos sobre macroeconomía en la República Dominicana y países en vía de desarrollo
Essays on Macroeconomics in the Dominican Republic and Developing Countries

VALDEZ ALBIZU, HÉCTOR

Un camino hacia el desarrollo I
Un camino hacia el desarrollo II

VELOZ MAGGIOLO, MARCIO

Antropología portátil

VELOZ MOLINA, FRANCISCO

La Misericordia y sus contornos 1844-1916

Serie Compositores Dominicanos (Música en CD-ROM)

BANCO CENTRAL DE LA REPÚBLICA DOMINICANA

Cinco décadas (1^{ra.} ed. 1998; 2^{da.} ed. 2008)

BUSTAMANTE, BIENVENIDO

Compositores Dominicanos : Bienvenido Bustamante
Orquesta Sinfónica Nacional
Julio de Windt (Director)

GERALDES, MARÍA DE FÁTIMA

Compositores dominicanos : música para piano (1^{ra.} ed. 1999; 2^{da.} ed. 2008)

SÁNCHEZ ACOSTA, MANUEL

Manuel y sus amigos (Agotado)

TAVERAS, JORGE

Contigo (1^{ra.} ed. 1998; 2^{da.} ed. 2008)

TRONCOSO, MANUEL

Sígueme

Colección del Banco Central de la República Dominicana

Serie Cuentos Virgilio Díaz Grullón

BANCO CENTRAL DE LA REPÚBLICA DOMINICANA
DEPARTAMENTO CULTURAL (EDITORES)

*Vendimia Primera : Concurso de Cuentos Virgilio
Díaz Grullón 2001*

*Vendimia Segunda : Concurso de Cuentos Virgilio
Díaz Grullón 2002*

Serie Educativa BCRD

ALMONTE DILONÉ, HENRY

¿Qué es el dinero?

¿Qué es la inflación?

¿Qué es un Banco Central?

Serie Folletos Educativos

BANCO CENTRAL DE LA REPÚBLICA DOMINICANA

*Monedas conmemorativas XXV aniversario Mu-
seo Numismático y Filatélico*

PRIDA BUSTO, JUAN MANUEL

Historia de la moneda : origen y evolución

Serie Nueva Literatura Económica

BANCO CENTRAL DE LA REPÚBLICA DOMINICANA
DEPARTAMENTO CULTURAL (EDITORES)

*Nueva literatura económica dominicana : premios
del Concurso Biblioteca «Juan Pablo Duarte» 1996*

*Nueva literatura económica dominicana : premios
del Concurso Biblioteca «Juan Pablo Duarte» 1998*

*Nueva literatura económica dominicana : premios
del Concurso Biblioteca «Juan Pablo Duarte» 1999*

Colección del Banco Central de la República Dominicana

Nueva literatura económica dominicana : premios del Concurso Biblioteca «Juan Pablo Duarte» 2000
Nueva literatura económica dominicana : premios del Concurso Biblioteca «Juan Pablo Duarte» 2001
Nueva literatura económica dominicana : premios del Concurso Biblioteca «Juan Pablo Duarte» 2002
Nueva literatura económica dominicana : premios del Concurso Biblioteca «Juan Pablo Duarte» 2003
Nueva literatura económica dominicana : premios del Concurso Biblioteca «Juan Pablo Duarte» 2004
Nueva literatura económica dominicana : premios del Concurso Biblioteca «Juan Pablo Duarte» 2005
Nueva literatura económica dominicana : premios del Concurso Biblioteca «Juan Pablo Duarte» 2006
Nueva literatura económica dominicana : premios del Concurso Biblioteca «Juan Pablo Duarte» 2007
Nueva literatura económica dominicana : premios del Concurso Biblioteca «Juan Pablo Duarte» 2008
Nueva literatura económica dominicana : premios del Concurso Biblioteca «Juan Pablo Duarte» 2009

Serie Numismática y Filatélica

ÁLVAREZ REY, AVELINO

Introducción a la numismática

BANCO CENTRAL DE LA REPÚBLICA DOMINICANA

DEPARTAMENTO CULTURAL

Billetes dominicanos 1947-2002

Catálogo de la Sala Filatélica

Catálogo del Museo Numismático (1^{ra.} ed. 1997, 2^{da.} ed. 2003)

Exposiciones temporales en el Museo Numismático y Filatélico

CIPRIANO DE UTRERA, FRAY

La moneda provincial de la Isla Española (Reimpresión)

Colección del Banco Central de la República Dominicana

MACHADO DE SOSA, SINTHIA

Conozcamos nuestro dinero

Gráficas del papel moneda en la República Dominicana

MUESES, DANILO A.

Emisiones postales dominicanas 1865-1965

RAVELO A., OSCAR E.

El correo en Santo Domingo : historia documentada (Reimpresión)

Serie Obras Premiadas

BANCO CENTRAL DE LA REPÚBLICA DOMINICANA

DEPARTAMENTO CULTURAL (EDITORES)

Obras premiadas. Primer Concurso de Arte y Literatura Bancentral 1995

Obras premiadas. Segundo Concurso de Arte y Literatura Bancentral 1996

Obras premiadas. Tercer Concurso de Arte y Literatura Bancentral 1997

Obras premiadas. Cuarto Concurso de Arte y Literatura Bancentral 1998

Obras premiadas. Quinto Concurso de Arte y Literatura Bancentral 1999

Obras premiadas. Sexto Concurso de Arte y Literatura Bancentral 2000

Obras premiadas. Séptimo Concurso de Arte y Literatura Bancentral 2001

Obras premiadas. Octavo Concurso de Arte y Literatura Bancentral 2002

Obras premiadas. Noveno Concurso de Arte y Literatura Bancentral 2005

Obras premiadas. Décimo Concurso de Arte y Literatura Bancentral 2006

Obras premiadas. Décimo primer Concurso de Arte y Literatura Bancentral 2007

Obras premiadas. Décimo segundo Concurso de Arte y Literatura Bancentral 2008

Esta primera edición de 500 ejemplares de *Obras premiadas. Décimo tercer Concurso de Arte y Literatura Bancentral 2009*, se terminó de imprimir en la Subdirección de Impresos y Publicaciones del Departamento Administrativo del Banco Central de la República Dominicana, en el mes de noviembre de 2010.

